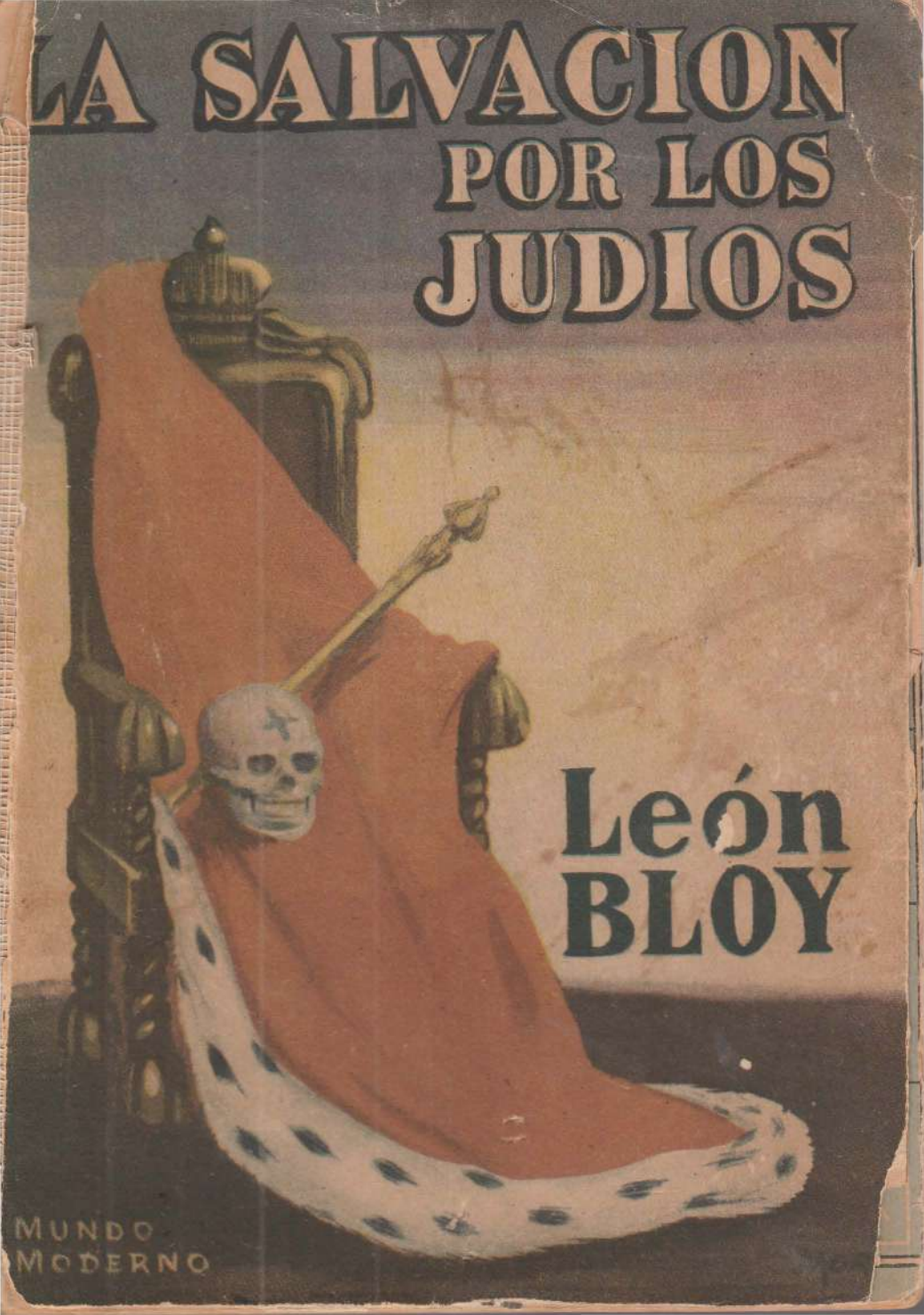
LA SALVACION POR LOS JUDIOS



León BLOY

MUNDO MODERNO

BH535

LA SALVACION POR LOS JUDIOS

Título del original en francés:
Le Salut par les Juifs

Traducción de José Mazzanti

Efectuado el depósito ordenado por
la Ley de Propiedad Intelectual

INTRODUCCION

LA Salvación por los Judíos, *publicada en 1893, ha estado enterrada durante doce años. Como el editor —un excelente y digno hombre formado del limo terrenal expresamente para la producción de esta única obra— cambiara repentinamente de oficio, llevó a su nueva morada, a manera de presa, la considerable multitud de ejemplares no vendidos. La circunstancia de que no tuviéramos contrato firmado lo hacía propietario de ese montón de impresos, y durante dos lustros y medio debí resignarme al secuestro arbitrario del más importante de mis libros. De esta aventura dolorosa y del enorme perjuicio que sufrí he hablado en* Mon journal *.

La presente edición ha sido corregida en varios pasajes, sin modificaciones esenciales. Bueno es tener presente, no obstante, que hasta los menores cambios tienen

* León Bloy: *Mi Diario*, pág. 206, ed. Mundo Moderno.

mucha importancia en un alegato puramente exegético cuyo alcance podría suponerse incalculable si la humanidad contemporánea se interesara todavía por las Afirmaciones y las Similitudes reveladas.

Puede decirse que después del Capítulo XI de San Pablo a los Romanos, y aparte de la inspiración sobrenatural de éste, La Salvación por los Judíos *es el Testimonio Cristiano más enérgico que se haya escrito en favor de la Raza primogénita.*

"Si su delito —dice el Apóstol— es la riqueza del mundo y su menoscabo el tesoro de los pueblos, ¿cuánto más lo será su plenitud?"

"Si el haber sido repudiados ha traído la reconciliación del mundo, ¿qué será su restablecimiento, sino la vida de los muertos?" *.

La Salvación por los Judíos, *que podría considerarse una paráfrasis de ese capítulo de San Pablo, hace ver, desde la primera página, que la Sangre que por la Redención de la Humanidad fué vertida en la Cruz, lo mismo que la que diariamente se vierte en el Cáliz del Sacramento, es —natural y sobrenaturalmente—* sangre judía, *es ese inmenso río de Sangre Hebrea que tiene su fuente en Abrahán y su desembocadura en las Cinco Llagas de Cristo.*

He ahí todo lo que hay que saber. ¿Prestará, por fin, el mundo judío atención a este libro que lo honra más allá de toda esperanza y que nada le ha costado?

LEÓN BLOY.

Noviembre 19 de 1905.

Octava de la Dedicación de las Iglesias.

---

* Rom., XI, 12-15.

A RAÏSSA MARITAIN

Dedico estas páginas
escritas para la gloria católica
del Dios
de
Abrahán,
de
Isaac
y de
Jacob.

DE PROFUNDIS

Desde el fondo del abismo, Jesús clama a Su Padre, y ese clamor despierta en las entrañas más íntimas de los precipicios —infinitamente por debajo de lo que pueden concebir los Angeles, indecibleménte más allá de todos los presentimientos y de todos los misterios de la Muerte— el muy apagado, el muy lejano, el muy débil gemido de la Paloma del Paráclito, que repite como un eco el terrible DE PROFUNDIS.

Y todos los balidos del Cordero vibran así en la horrenda fosa, sin que sea posible imaginar un solo gemido exhalado por el Hijo del Hombre que no repercuta IDENTICAMENTE en los imposibles exilios donde se acurruca el Consolador...

I

SALUS EX JUDAEIS EST. *La Salvación* viene de los Judíos *.

He perdido algunas horas preciosas de mi vida leyendo, como tantos otros infortunados, las elucubraciones antijudías del señor Drumont **, y no recuerdo que éste mencione estas palabras simples y formidables de Nuestro Señor Jesucristo, citadas por San Juan en el capítulo IV de su Evangelio.

---

* *Salus Ex Judæis, quia Salus A Judæis.* Respuesta a un doctorcillo que discutió mi traducción.

** ÉDOUARD DRUMONT (1844-1917), periodista francés y uno de los jefes del partido antisemita. Fundador de la *Libre Parole* y autor de *La France Juive,* obra a la que alude Bloy. (N. del T.)

Si ese copioso periodista se dignó alguna vez informarse en los Textos sagrados, y si está en condiciones de demostrar, para confusión mía, que tan importante *precepto* se halla citado en alguno de los voluminosos libelos con que abruma periódicamente a los pueblos cristianos, habrá que decir que semejante homenaje al Libro santo es tan maravillosamente áfono, oscuro, rápido y discreto, que resulta casi imposible advertirlo y completamente imposible sentirse impresionado.

Algún valor tiene, sin embargo, ese testimonio del Hijo de Dios.

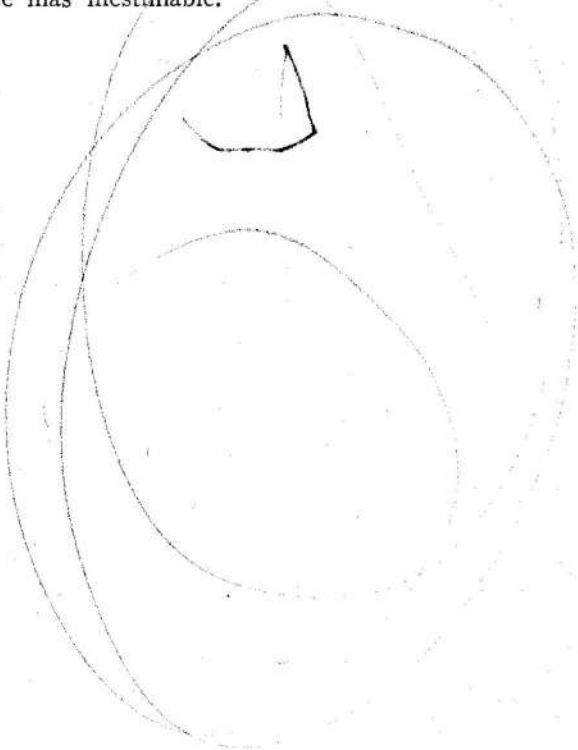
Sé que su alcance ha sido terriblemente amenguado por San Agustín en su pobre exégesis de las "dos murallas", según es fácil comprobar en el décimo quinto tratado del comentario famoso de este venerable Doctor. Pero se estaba entonces en el siglo V. El repudio de Israel había comenzado a raíz de la tremenda catástrofe de Jerusalén, y la especie humana, conquistada ya a medias por los sucesores de San Pedro, había cerrado irremisiblemente su corazón, que se hallaba endurecido para siempre contra la execrada descendencia de los verdugos de Cristo.

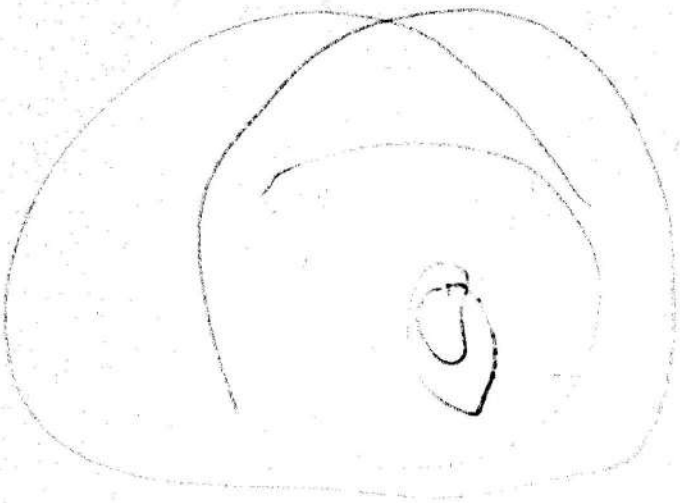
La horrenda llaga de las primeras persecuciones fué, al fin, cicatrizándose y las grandes siembras de sangre de los Mártires estaban realizadas.

La pedagogía de lo Sobrenatural quedó a cargo de los teólogos, de los exégetas, de los filósofos desengaña-

dos, y la embarazosa afirmación de Aquel a quien se llamó el *Hijo del Trueno* fué eludida respetuosamente, sin peligro de escándalo, ni siquiera de simple sorpresa, por una Iglesia enrojecida, que gemía todavía en su cuna.

Esa afirmación persiste, sin embargo. Persiste, a pesar de todo, en su fuerza misteriosa, semejante a una sombría gema, de brillo turbador, que la temeraria despreocupación de los ecónomos y los censores de la Fe hace más inestimable.





II

¡La Salvación viene de los Judíos! ¡Texto desconcertante que nos lleva furiosamente lejos del señor Drumont! Dios no quiere que yo le declare la guerra a ese triunfador. Sería una lucha verdaderamente demasiado desigual.

El libelista de la *Francia Judía* puede vanagloriarse de haber encontrado un provechoso filón. Considerando, con la profunda sagacidad y la sangre fría de un jefe astuto, que la piedra filosofal de la propia conveniencia consiste en dar a los vientres humanos la pitanza que precisamente apetecen, inventó contra los Judíos la impetuosa y pertinaz reivindicación de las monedas de cinco

francos. Era el infalible secreto para imponerse, para abrirse camino y encaramarse hasta las cumbres más altas.

Decir al transeúnte, así sea el más mísero decipiendario en el pudridero de los desesperados: "Esos pérfidos judíos que te salpican de barro te han robado todo tu dinero. ¡Recupéralo, pues, oh egipcio! ¡Arráncales la piel, si te atreves, y persíguelos en el mar Rojo!" ¡Ah! decir eso constantemente, decirlo por todas partes, berrearlo sin cesar en libros y diarios, batirse algunas veces para que se lo comente más noblemente más allá de los montes y de los mares, y sobre todo —¡oh, sobre todo!— *no hablar jamás de otra cosa:* he ahí la receta y el secreto, el *medium* y el *retentum* de la basílica del gran éxito. ¿Quién, Dios mío, podría resistirse a eso?

Agreguemos que este gran hombre hacía su campaña de reivindicación en nombre del catolicismo. Esto sentado, recordemos el desinterés sublime de los católicos actuales, el inquebrantable desprecio que sienten por las especulaciones y las artimañas financieras y el celestial desprendimiento de que hacen gala. Yo mismo he escrito libros para expresar la admiración casi dolorosa con que me saturaban estos escolares de la caridad divina, y sé muy bien que me hubiera sido imposible abstenerme de hacerlo.

Es fácil, pues, concebir el impetuoso celo que los animaría cuando las arteras manos del antisemita hicie-

ron cosquillear en ellos el presentimiento de la Justicia. De muchos ojos cayeron entonces las escamas y el género Drumont pareció el apóstol de los tibios, que no sospechaban que la religión fuera tan provechosa.

III

Cierto es que algunos profanos se han preguntado qué victoria decisiva podría resultar para la moral —siquiera sea para la moral práctica— del hecho innegable de haberse empeñado en reemplazar al famoso becerro de oro con un cerdo del mismo metal, y qué importante ventaja significarían para el catolicismo esas inculpaciones de agio. Porque, en definitiva, el señor Drumont entró en Babilonia como un héroe, después de haber apabullado a todos los pueblos semitas, y sus admiradores derramaron sobre él el polvo del santo rey Midas, mezclado con los ungüentos y cinamomos con que habitualmente se adoniza la osamenta de los dioses mortales.

Aquello —para hablar menos líricamente— marchaba sobre seguro: las grandes tiradas se multiplicaban y los derechos de autor ingresaban con una precisión rothschildiana, que hacía babear de avidez a toda una cohorte de plumíferos de la misma calaña que no habían tenido tan productiva inspiración y que resolvieron de inmediato encarnizarse en esa empresa. Todos los lívidos comedores de cebollas cristianas del Alto y Bajo Egipto comprendieron admirablemente que la guerra a los Judíos podía ser, en última instancia, un excelente truco para atenuar más de un desastre y apuntalar más de un negocio precario. Se vió, incluso, a innumerables sacerdotes —entre los cuales debía haber, sin embargo, no pocos cándidos servidores de Dios— inflamarse en la esperanza de una próxima embestida que haría correr la sangre de Israel en cantidad suficiente para saciar a millones de perros, mientras los íntegros carneros del Buen Pastor ramonearan, bendiciendo a Dios, los quinquefolios y los tréboles de oro del codiciado pienso de la Tierra de Promisión.

Tan repentino y prodigioso había sido el arrebato, que hasta hoy mismo ni uno solo de ellos parece haberse interesado realmente por saber si no había un grave peligro, para un corazón sacerdotal, en pedir ese exterminio de un pueblo al que la Iglesia Apostólica Romana ha protegido durante diecinueve siglos, en favor del cual su Liturgia más dolorosa habla a Dios el Viernes Santo, de un pueblo de cuyo seno salieron los Patriarcas, los Profe-

tas, los Evangelistas, los Apóstoles, los Amigos fieles y todos los primeros Mártires, sin osar hablar de la Virgen Madre y de Nuestro Salvador mismo, que fué el León de Judá, el Judío *por excelencia*. —¡un Judío inefable!— y que, seguramente, había empleado una eternidad antes de optar por ese origen.

Pero, ¡qué! ¿No era preciso, acaso, seguir hasta el fin al ávido saltimbanqui, organizador y predicador de esta cruzada en favor de la bolsa, que no cesa de sermonear semanalmente al pequeño grupo de los elegidos de la todopoderosa caja de caudales? ¿Y podría nadie citar *una sola* protesta católica al ver que en los muros de nuestras calles se exhibe la horrenda efigie de ese sacrílego bufón *con armadura de caballero del Santo Sejulcro* y *humillando a sus pies*... ¡a Moisés!?

Con eso está dicho todo.

IV

Basta, pues.

No entra, lo repito, en mi propósito ni en mi tema insistir particularmente acerca de este personaje, cuyo triunfo hubiera podido ser mayor aún sin el desconcertante ridículo de su vanidad de mentor advenedizo, y a quien, por otra parte, la justicia del crimen acaba de aplicarle una rigurosa sanción *.

Pero ¿cómo no mencionarlo en el momento de abordar esta incomparable cuestión de Israel que él se vanagloria idiotamente de haber bajado hasta el nivel cerebral de los burgueses más imbéciles?

---

* *La Salvación por los Judíos* fué escrita en 1892. (N. del T.)

La sospecha de ser un tierno enamorado de los descendientes actuales de la raza famosa no puede alcanzarme. He aquí, para muestra, lo que escribí hace seis años en un libro de cólera que la hostilidad general puso empeño en ahogar por todos los medios imaginables:

"La Edad Media —decía, hablando de los Judíos— tuvo el buen sentido de acantonarlos en zahurdas reservadas exclusivamente para ellos e imponerles una indumentaria especial que permitía evitarlos. Cuando a alguien le era imprescindible entenderse con ellos, lo ocultaba como una infamia y luego se purificaba como podía. Y ya que Dios quería perturbar a semejante gentuza, la vergüenza y el peligro de su contacto eran el antídoto cristiano contra su pestilencia. Pero he aquí que hoy, cuando el cristianismo parece agonizar ante la fuga de sus propios creyentes, y cuando la Iglesia ha perdido todo su crédito, nos sentimos bobamente indignados al ver a los Judíos convertidos en amos del mundo, y son precisamente los furiosos opositores de la tradición apostólica los primeros en asombrarse de ello. He ahí la idiota característica de los tiempos modernos" *.

No veo cómo podría cambiar media línea de esta amable página. Hoy, más que nunca, es evidente para mí que la sociedad cristiana está infectada por una asqueante

* León Bloy: *El Desesperado*, págs. 148 y 149, ed. Mundo Moderno.

raza, y azora pensar que la voluntad de Dios ha querido hacerla *perpetua.*

Desde el punto de vista moral y físico, el Judío moderno parece ser la confluencia de todo lo repulsivo del mundo.

V

El año pasado, hallándome en Hamburgo, tuve la curiosidad, como el común de los viajeros, de ver el mercado de los Judíos.

Es difícil expresar la sorprendente abyección de ese emporio de detritos enfitéuticos. Parecíame que todo lo que puede asquear de la vida era objeto de lucro para aquellos impuros mercaderes, cuyos pregones serviles me desgarraban, me asían, se pegaban físicamente a mí, produciéndome un malestar extraño, una especie de flagelación gelatinosa.

Y todos esos rostros de lucro y de servidumbre tenían el mismo sello espantable que expresa claramente el

desprecio, la náusea divina, la irrevocable separación que los aparta del resto de los mortales y que los hace tan profundamente idénticos, sea cual fuere el rincón del mundo donde estén.

Porque una extraña ley quiere que ese pueblo de anatematizados no haya podido asumir la reprobación colectiva con la cual se honra, sino al precio fabuloso del *protagonismo* eventual del individuo. La raza repudiada no ha logrado producir jamás ninguna especie de César.

He ahí por qué no doy crédito a la tradición, ingeniosa pero poco conocida, que asigna al pueblo romano antepasados hebreos y reemplaza a los compañeros de Eneas con una colonia de benjamitas, explicando la leyenda de la loba y los mellizos fundadores con la inescrutable predicción de Jacob en su lecho de muerte: *Benjamín,* LUPUS *rapax, mane comedet prædam et vespere dividet spolias* "Benjamín, lobo rapaz, por la mañana devorará la presa y por la tarde repartirá los despojos".*

Los inmundos ropavejeros de Hamburgo pertenecían realmente a esa homogénea familia de menecmos** avarientos al servicio de todos los sucios demonios de la identidad judaica, tal como se la ve pulular a lo largo del Danubio, en Polonia, en Rusia, en Alemania, en Holanda, hasta en Francia misma, y en el Africa septentrional, donde

* Génesis, cap. IL, 27.

** *Los Menecmos,* comedia de Marco Accio Plauto (hacia 250-154 a. de C.), que versa sobre las confusiones y errores originados por dos mellizos. (N. del T.).

algunas veces los árabes hacen con ella una abominable masilla para frotar a los carneros sarnosos...

Pero cuando mi náusea sobrepasó toda conjetura y toda esperanza, fué, lo confieso, a la aparición de los Tres Viejos...

VI

Los llamo los *Tres Viejos* porque no sé de qué otra manera podría designarlos. Acaso sean cincuenta en aquella ciudad privilegiada, que no parece enorgullecerse mucho de ello; pero sólo tres se mostraron a mis ojos, lo suficiente para darme la visión de los más insólitos dragones.

Todo aquello que tenía un sello, un signo cualquiera de modernidad, se desvaneció de inmediato para mí, y la vida de los judíos subalternos que hormigueaban a mi alrededor como moscas de matadero, quedó en suspenso. Comparados con aquellos tres, cuya presencia los anulaba por completo, no tenían ya el derecho de existir. Su ig-

nominia, que me había parecido completa, irreprochable y tan sabrosa como puede serlo un elixir de maldición, no tenía ya la menor sapidez y asumía, comparada con aquella inextricable pesadilla de oprobio, un carácter de nobleza.

El aspecto de los tres fantasmas despedía una tan incomparable calidad de horror, que sólo la blasfemia podría interpretarla simbólicamente.

¡Imagínese, si es posible, a los tres Patriarcas sagrados: Abrahán, Isaac y Jacob, cuyos nombres oscurecidos por un impenetrable misterio, forman la Delta *, el Triángulo equilátero donde dormita, en las cortinas del rayo, el inaccesible Tetragrama! ¡Imagínese —apenas me atrevo a escribirlo— a esos tres personajes más que hermanos, de cuyo seno salió todo el Pueblo de Dios, salió hasta el Verbo mismo de Dios; imagíneselos por un momento, repito, alentando aún, sobreviviendo, por un único milagro, a la largamente centenaria progenie de los inmoladores de su gran Hijo crucificado, después de haber aceptado —sabe Dios con qué propósitos de irrevelables retroventas— la destitución perfecta, la ignominia infinita, el inagotable tesoro de la execración del mundo, los alaridos de toda la tierra, el vilipendio en todos los abismos, y piénsese en el asombro eterno de los Serafines al verlos arrastrarse así en una abyección de siglos!...

* Cuarta letra del alfabeto griego. Corresponde a la *d* del nuestro y tiene la forma de un triángulo.

VII

Porque, en efecto, en el espíritu de esta visión, que parecerá sin duda insensata, aquellos tres seres horrendos realzaban perfectamente el arquetipo y el fenómeno primordial de la Raza indestructible, que cumplió durante cerca de dos mil años el prodigio sin par de sobrevivir, ella misma, a sus exterminadores y de eternamente a todos los infiernos por su *substancial* revocación.

Pero, ¡qué espontosos antepasados, santo Dios!

Eran verdaderamente demasiado clásicos para no mostrarse tan abominables como sublimes. Desde Shakespeare hasta Balzac se ha repetido terriblemente el tipo del viejo hebreo sórdido y encorvado, revolviendo las inmun-

dicias y los tumores de la humanidad en busca del oro y adorándolo como a un sol de dolores y un Paráclito de amor, co-eterno y co-igual a su Jehová solitario.

Realizaban por triplicado ese monstruo en sus idénticas personas, agregando al horror corriente de ese viejo mito literario el tremendo espanto de su verídica presencia...

¡Abrahán, Isaac y Jacob descendiendo hasta esos limbos nefastos!... Porque mi imaginación, desarbolada por el estupor, les acordaba instintivamente los Nombres divinos.

Renuncio a pintarlos, dejando ese décimotercer trabajo de Hércules a los documentadores de la carroña y a los cosmógrafos de las fermentaciones verminosas. Durante largo tiempo me acordaré, sin embargo, de aquellos tres incomparables desechos, a los que veo todavía con sus inmundos guiñapos, inclinados, frente contra frente, sobre la abertura de una fétida bolsa que hubiera espantado a las estrellas, donde se amontonaban, para la exportación del tifus, los innominables objetos de algún negocio archisemita.

Les debo el homenaje de un recuerdo casi *afectuoso*, por haber evocado en mi espíritu las imágenes más grandiosas que puedan tener cabida en el habitáculo sin magnificencia de un espíritu mortal.

Voy a rendírselo de inmediato y tan claramente como me sea posible expresarlo.

Entretanto, afirmo, con toda la energía de mi alma, que una síntesis de la cuestión judía es el absurdo mismo, sin la previa aceptación del *prejuicio* de una *salvedad esencial,* del secuestro de Jacob en la más abyecta decrepitud, sin ninguna esperanza de avenencia o de arrepentimiento hasta tanto su "Mesías", abrasado de gloria, no haya caído sobre la tierra.

VIII

Hasta ese día, la perfecta justicia de los cielos y de la tierra seguirá exigiendo imperiosamente que se los execre y se los repudie. Sé perfectamente que, en rigor, los Israelitas pueden ser llamados nuestros *hermanos,* con igual título, mucho me temo, que las plantas y los animales, denominados así por el seráfico San Francisco, que jamás se equivocó. Pero amarlos como a *tales* es un designio que subleva a la naturaleza. Sólo cabe en la exaltación milagrosa de la santidad más trascendente o en la ilusión de una religiosidad imbécil.

Se necesitó nada menos que la autoridad de uno de los Doce para certificar que "Elías fué semejante a nos-

otros", pues este profeta, que tuvo al Fuego por servidor, parecía haber sido mucho más que un hombre. Pero los Judíos nacidos o por nacer a partir del Gran sacrificio del primer Viernes Santo, de ningún modo pueden ser nuestros *semejantes.*

Su carne triste, refractaria a toda mezcla durante tantos siglos, evidencia sobradamente su prodigioso estado de excepción en la humanidad.

Es el Tronco, a pesar de todo, de Nuestro Señor Jesucristo, y en consecuencia, *reservado,* inarrancable, inmortal, espantosamente talado, sin duda, desde el día siguiente del solemne "Crucifigatur", pero intacto en su soporte y con las raíces adheridas a lo más profundo de las entrañas de la Voluntad divina.

He ahí por qué todos ellos son imperturbablemente idénticos y están tan completamente resorbidos en la personalidad exterior de sus pánicos viejos. Los negros harapos y la pestilencia senil no cambian en absoluto, y tal fué la razón para que en aquellas tres osamentas que tan perdurablemente me impresionaron haya visto con precisión a todos los millonarios contemporáneos, machos o hembras, que son orgullo de nuestras perfumadas sinagogas.

La historia de los Judíos obstruye a la historia de la humanidad, como el dique obstruye al río, para elevar su nivel. Ambos están para siempre inmóviles, y para evitarlos no puede hacerse otra cosa que saltar por sobre ellos,

con más o menos estrépito, sin esperanza alguna de demolerlos.

Harto se ha intentado hacerlo, y la experiencia de sesenta generaciones es irrecusable. Poderosos a quienes nada resistía pretendieron anularlos. Multitudes que no se consolaban de la Afrenta hecha al Dios viviente se lanzaron a masacrarlos. La Viña simbólica del Testamento de Redención fué infatigablemente escardada de sus parásitos venenosos, y aquel pueblo, diseminado en veinte pueblos, bajo la tutela implacable de millones de príncipes cristianos, cumplió, a lo largo de los tiempos, su férreo destino, que consistía simplemente en no morir, en preservar siempre y en todas partes, en las ráfagas y en los ciclones, el puñado de *barro* maravilloso del cual se habla en el Libro y que él imaginó que era el Fuego divino *.

Ese testuz de desobedientes y de pérfidos, que Moisés encontró tan duro, fatigó el furor de los hombres como un yunque de sólido metal que gastara todos los martillos. La espada de la Caballería se melló allí y allí se quebró el sable finamente templado del jefe musulmán, lo mismo que el garrote del populacho.

Queda, pues, demostrado que no hay nada que hacer y, considerando lo que Dios soporta, conviene que las almas religiosas se pregunten una vez por todas, sin petulancia ni cólera imbécil y cara a cara con las Tinieblas,

* Macabeos, II, cap. 1.

si algún misterio infinitamente adorable no se oculta, después de todo, bajo las apariencias de la ignominia sin igual del Pueblo Huérfano, condenado en todos los tribunales de la Esperanza, pero que acaso el día del Juicio no se verá privado de apelación.

IX

¡Paciencia! Escuchad esto, vosotros, pobres seres por quienes Jesús quiso sufrir. Si existiera un día algún fanático de mi prosa, acaso el desdichado podría descubrir, con la ayuda del cielo, las siguientes líneas, tan perfectamente ignoradas, creo, como la página que citara más arriba:

"Se ha escrito mucho sobre el dinero. Los políticos, los economistas, los moralistas, los psicólogos, los mistagogos se han extenuado en la empresa. Pero ninguno de ellos, que yo sepa, ha expresado jamás la sensación de *misterio* que implica esa asombrosa palabra.

"La exégesis bíblica ha señalado la particularidad

notable de que, en los Libros Sagrados, la palabra *Dinero* es sinónima y figurativa de la Palabra de Dios. De ahí que los Judíos, antiguos depositarios de esta Palabra, a la que terminaron por crucificar cuando se convirtió en Carne del Hombre, hayan retenido posteriormente el simulacro de ella, a fin de cumplir su destino y no errar sin vocación sobre la tierra.

"Es, pues, en virtud de un decreto divino que poseen, no importa cómo, la parte más importante de las riquezas de este mundo. ¡Gran satisfacción para ellos! Pero, ¿qué hacen con ellas?" *

¿Que hacen con el dinero? Os lo diré yo: lo *crucifican*. Que se me excuse la inusitada expresión, pero creo que no es más extravagante, si bien se mira, que esta otra: "comer dinero", cuya monstruosidad *real*, si se divulgara, haría morir de espanto al incalculable número de humanos que le emplean.

He dicho exactamente lo que quería decir. Lo crucifican, porque ésa es la manera judía de exterminar lo que es divino.

Los símbolos y las parábolas del Libro Santo subsisten siempre, puesto que la infalible Iglesia no ha borrado las figuras ni ha cancelado las profecías. Sólo la eternidad posee la medida de ellas, y los Judíos, sacrificadores del Verbo hecho carne después de haberlo guardado celosamente mientras no resplandecía a sus ojos carnales, se des-

* León Bloy: *Christophe Colomb devant les Taureaux*.

posaron en secreto con la horrible penitencia de estar para siempre amarrados a su sacrilegio y de continuar haciendo furiosamente con el indestructible Símbolo lo que habían hecho con la carne pasible del verdadero Dios.

¿Crucificar el dinero? ¡Sí! Subirlo al patíbulo, como a un ladrón, exaltarlo, ponerlo arriba, *distarlo* del Pobre, de quien es precisamente la substancia...

El Verbo, la Carne, el Dinero, el Pobre... Ideas análogas, palabras consubstanciales que designan en común a Nuestro Señor Jesucristo en el lenguaje hablado por el Espíritu Santo.

Porque tan pronto como se toca a una u otra de esas aterradoras Imágenes, acuden todas a la vez presurosas y mujiendo, como torrentes que se precipitan hacia un abismo único y central.

—¡Soy yo! —grita cada una de ellas.

—¡Soy yo, el Dinero, el Verbo de Dios, el Salvador del mundo! ¡Soy yo, la Senda, la Verdad, la Vida, el Padre de los futuros siglos!...

—¡Soy yo, que soy el Verbo, que soy el Dinero, la Resurrección, el Dios fuerte, el buen Vino, el Pan viviente, la Piedra angular!...

—¡Soy yo, la Carne débil!... ¡La Carne débil, y no obstante, la alegría de los Angeles, la Pureza de las Vírgenes, el Cordero de los agonizantes y el Buen Pastor de los muertos!...

—¡Soy yo, siempre yo, el Pobre, el Padre de los

Pobres! ¡Yo, el Tesoro de miseria y de ignominia, al mismo tiempo que el Rey de los Patriarcas y la Fuerza de los Mártires! ¡Yo, el Esclavo, el Perseguido, el Humillado, el Leproso, el horrible Mendigo de quien todos los Profetas han hablado... y por encima de todo, el Creador de las vías lácteas y de las nebulosas!...

Pero, ¿quién tendría pensamientos dignos de tales objetos?

X

Cuando Jesús clamó a su Padre: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen", esa plegaria en boca de semejante moribundo, por mucho que se pretenda que *no podía ser acogida con favor por la Gracia divina* —suposición que implica la más tremenda blasfemia— debió llegar infinitamente más allá de lo que los hombres o los Espíritus de los cielos son capaces de concebir.

Como por su naturaleza las voces divinas resuenan simultáneamente en todos los ámbitos del universo, aquella plegaria debió atravesar la corteza terrestre y repercutir eficazmente en los sombríos corredores de la tierra,

donde yacen los minerales peligrosos guardados cuidadosamente en reserva por los Angeles vencidos.

El impasible Dinero, el execrable y santo Dinero, por medio del cual quiso Dios que a El mismo se lo comprara como una res, fué investido, para horror del género humano, de una supervivencia misteriosa y profundamente simbólica, cuyos custodios debían ser los descendientes de Jacob.

Por el prodigio de una ceguera que sobrepasa toda miseria y descorazona toda piedad, el más pálido de los metales reemplazó, para un pueblo condenado a vivir eternamente, al lívido Dios que había expirado entre dos ladrones.

Pienso, por consiguiente, que sólo la puerilidad sin inocencia de una especulación mercantil puede mover a incriminar obstinadamente a esa muchedumbre melancólica su felonía y su codicia sin límites. Sería preferible, sin duda, que a través de la columna de fétido humo que se alza siempre sobre su frente de guerra, tratáramos de vislumbrar, aunque fuera en un fugaz destello, el espectáculo prodigioso de su castigo interminable.

He dicho hace un instante que se ha aplastado, achicharrado, apisonado inútilmente a los Judíos durante siglos y sobre la superficie de todos los imperios. Están *obligados* por Dios, invencible y sobrenaturalmente obligados, a cumplir las abominables bajezas que necesitan para acreditar su deshonor de *instrumentos de la Redención.*

Si se recomenzara hoy la misma carnicería, el fracaso sería el mismo, porque les es absolutamente imposible dejar de ser lo que son y porque necesitan, por lo menos, la llegada de Elías y el desclavamiento de las manos y de los Pies de Cristo para ser perdonados.

XI

La simpatía por los Judíos, ya se sabe, es un signo de ignominia. Aquel a quien la Sinagoga no le inspire una instintiva repugnancia, no merece siquiera la estimación de un perro. Esto se enuncia tranquilamente, como un axioma de geometría rectilínea, sin ironía ni amargura.

En lo que a mí respecta, me tiene sin cuidado lo que los teólogos y los economistas les reprochan. Me basta saber que han cometido el Crimen supremo, comparado con el cual todos los crímenes son virtudes; me basta saber que han cometido el Pecado sin nombre ni medida que toca a la Integridad divina y que no tendría ninguna esperanza de remisión si no intercediera por ellos la plega-

ria insensata de Nuestro Señor, ebrio de tormentos en su Cruz.

Ellos han detestado al POBRE con aversión infinita. Lo han detestado a tal punto, que para ultrajarlo y torturarlo a su antojo debieron mantenerse unidos y apelar al auxilio de la energía del fuego subterráneo de los resentimientos hereditarios contra un Sabaoth que tan terriblemente castigó en otros tiempos sus transgresiones. Fué necesario que con la paciencia de un millón de hormigas que se encarniza en construir una montaña, acumulasen por anticipado, durante generaciones, contra el Hombre Unico y voluntariamente desarmado, los más feroces testimonios del Libro implacable donde el Espíritu del Dios de Israel había escrito su cólera.

Volviendo contra él la tremenda amenaza de sus viejos textos, parecían decirle: "Tu Padre nos flageló con azotes, pero nosotros te castigaremos con escorpiones" *. "Maceraremos tu carne con las espinas y los abrojos del desierto".**

Los clamores de poseídos que precedieron a la Sentencia y que acompañaron como un bajo continuo el infinito suplicio, han sido seguramente la más completa manifestación del horror humano a la Pobreza.

Ese delirio sobrenatural jamás podrá ser sobrepasado, y cuando la marejada del populacho enloquecido ruja de júbilo sobre los cadáveres de los "Dos Testigos" cuya

* Reyes, libro I, cap. 12.
** Jueces, cap. 8.

inmolación ha profetizado el Apocalipsis *, no será tanto el horror.

No hacen falta grandes trabajos de exégesis para saber que Jesucristo ha sido, en efecto, el verdadero *Pobre* —designado como tal a cada paso en el Antiguo y en el Nuevo Testamento—, el pobre entre los pobres, insondablemente por debajo de los Jobs más inmundos, el diamante solitario y el carbunclo de Oriente de la Pobreza misma anunciada por los Videntes inflexibles que el pueblo lapidara.

Tuvo por compañeras las "tres pobrezas", ha dicho una santa. Fué pobre de bienes, pobre de amigos, pobre de Sí mismo. Y esto en las profundidades de la profundidad, entre las paredes viscosas del pozo del Abismo.

Puesto que era Dios y había querido venir para probar que era Dios mostrándose verdaderamente pobre, lo fué en la irradiación y la plenitud infinitas de sus Atributos divinos.

No hubo, pues, otra Víctima que el Pobre, y los excesos absolutamente incomprensibles de esa Pasión siempre actual, perpetuamente flagrante, cuyo espanto no pudo atenuar el mismo ateísmo, son inexplicables para aquellos que no saben lo que es la Pobreza, "la elección en la hoguera de la pobreza", según las palabras de Isaías, *que mostró las cosas futuras* y que fué aserrado entre dos postes.

* Apocalipsis, cap. II.

BIBLIOTHECA DOMUS STUDIORUM

XII

A los Judíos les cabe el indeleble honor de haber traducido para el uso de la humanidad, en un estilo de tormentos cuya elocuencia excede a todos los horrores conocidos, el odio al Pobre.

Tan evidente es que comprendieron la enormidad de su obra, que para dejar constancia irrefragable de que habían tenido el poder de instituir por lo menos un *verdadero* Rey de la abyección y del dolor, inventaron la *Coronación* de espinas.

Los sabios del viejo templo no podían ignorar el sentido profundo de esa ceremonia, sin ejemplo hasta entonces. Desde el Desastre inicial, las espinas son el ingre-

diente esencial de la maldición suprema, y "la cosecha de espinas en lugar de la cosecha del trigo candeal" es uno de los lugares comunes más hebraicos.

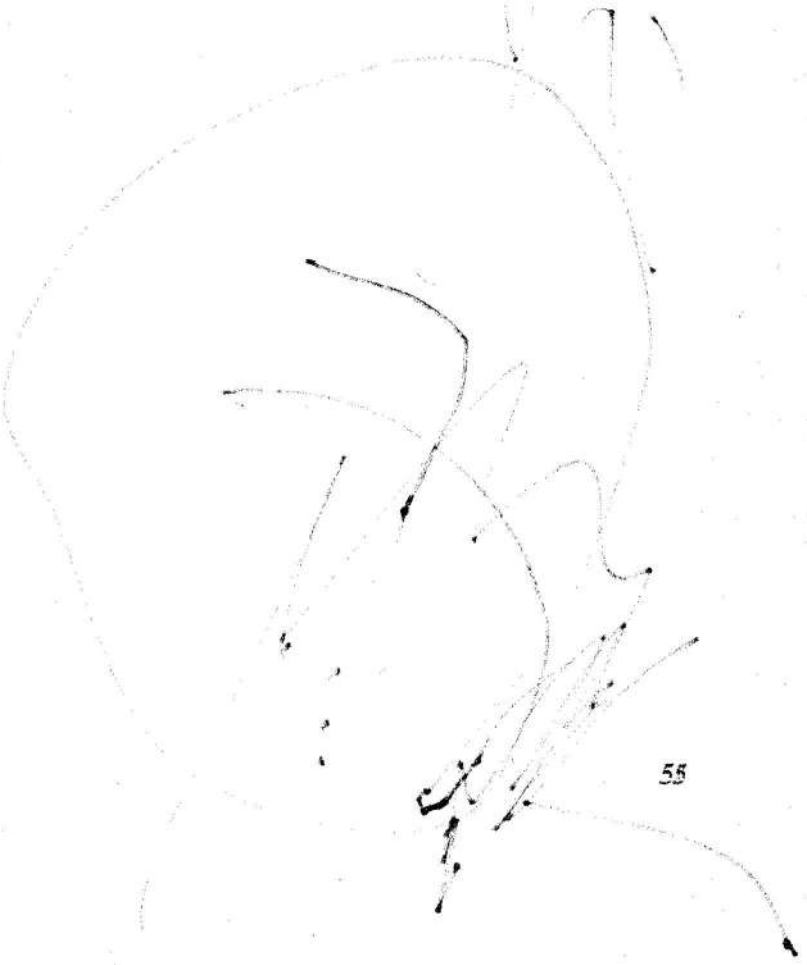
Acaso recordaban el grito del Lamentador: "Humillaos, sentaos en el suelo, tristes siervos del Señor, porque la corona de vuestra gloria cayó de vuestras cabezas".* Y acaso los pétalos de sangre viviente que brotaban de la frente del Cristo les hacían pensar con rabia en el *Coronemus* Rosis del cántico blasfematorio de la *Sabiduría*.**

Pero, ¿sabían esos doctores llenos de ironía y crueldad que esa Corona horrenda imperaría para siempre sobre ellos y los oprimiría más duramente que el Faraón, puesto que había sido posada sobre la frente del Agonizante que no podía tener otro sucesor que el abominable dinero, del cual, después de su muerte, se convertirían en miserables esclavos? Porque hay allí un desconcertante misterio. La muerte de Jesús separa esencialmente el Dinero del Pobre, el prefigurante del prefigurado, del mismo modo que separa el cuerpo del alma en los óbitos ordinarios.

La Iglesia universal, nacida de la Sangre divina, tuvo de su parte al Pobre, y los Judíos, atrincherados en la inexpugnable fortaleza de una recalcitrante desesperación, guardaron el Dinero, el pálido Dinero arañado

* Jeremías, XIII, 18.
** Sabiduría, II, 8.

por sus sacrílegas espinas y deshonrado por sus salivazos, como hubieran guardado, insepulto y expuesto a la corrupción, para contaminar al Universo, el cadáver de un Dios...



XIII

Pero ¿quién puede interesarse por esas venerables Imágenes, por mucho que con ellas el mundo haya vivido? ¿Y quién se esforzaría por entenderlas? Aunque en un trabajo de la índole de éste es poco menos que imposible descartarlas, ¿cómo escapar a la desalentadora certidumbre de que no se será escuchado?

¡Parecen a veces tan contradictorios esos vocablos, familiares o raros, de tan diverso sentido literal y tan variable acepción espiritual, todos los cuales expresan a su manera la Substancia infinita y que, frente *mismo* al tabernáculo, no son sino velos de una cambiante trama!

Se sienten tentaciones de creerlos incoherentes o ca-

prichosos, porque a veces se precipitan los unos sobre los otros, y parecen ora devorarse, ora unirse amorosamente. Cuando se los considera con fijeza, se compenetran súbitamente, coligándose en un solo frente, para multiplicarse de nuevo tan pronto como se pretende asirlos. Y cuando, vencidos por la fatiga, nos desviamos de ellos para contemplar vanas sombras en los enigmáticos espejos de este mundo, vuelven inmediatamente, como sutiles obsesiones, a abrir alrededor de nuestro espíritu sus silenciosas trincheras...

Por más que sean las olas de un mismo océano y que no puedan romper los diques de la Unidad absoluta, la perpetua variación de sus aspectos y el conflicto aparente de sus colores desconciertan a la más sagaz orientación.

Es necesario resignarse a no obtener jamás sino intermitentes relampagueos, puesto que el mismo Jesús, que vino, decía, para *cumplirlo* todo, sólo se expresaba en parábolas y similitudes.

La interpretación de los Textos sagrados era en otros tiempos considerada la más gloriosa empresa del espíritu humano, puesto que, según el testimonio del infalible Salomón, la "honra de Dios es encubrir su palabra" *.

Pero eso era en los tiempos de los señores y del reinado tranquilo de las especulaciones superiores. Esta de

* Proverbios, XXV, 2.

hoy es la hora de los siervos y de la victoria decisiva de las bajas curiosidades.

Resulta, pues, por lo menos superfluo esperar un poco de atención, y yo me cuidaría muy bien de pretenderlo si no supiera que en los establos del Pastor se muere de hambre y que son muchísimas las voces que reclaman ya las llaves del siglo próximo, al que los indigentes suponen señalado por la Providencia para la recuperación de los espíritus.

Lamento no poder proponer a mis ambiciosos contemporáneos un revelador auténtico. La conserjería de los Misterios no es mi destino y yo no he recibido la consignación de las Cosas futuras. Los profetas actuales están, por otra parte, tan carentes de milagros, que no sería posible señalarlos.

Pero si es verdad que se los espera, como una consecuencia natural de ese punto de fe que debe llegar un día, yo me pregunto por qué no ha de esperárselos del *único* pueblo cual salieron todos los Secretarios de los Mandamientos de Dios.

XIV

No olvido, por cierto, la historia de la higuera que fué maldecida porque se encontraba sin frutos cuando Jesús tuvo hambre. Pero el Evangelio aclara que "no era todavía el tiempo de los higos".

Y agrega también que no había que desesperar que los diera, sino excavar alrededor de ella y *estercolarla.* Un poco de paciencia, nada más. Siempre se estaría a tiempo para abatirla si se obstinara en seguir estéril.

Esa pobre higuera que no tiene nada que ofrecer al pobre Cristo, me interesa apasionadamente. Porque es el indiscutible símbolo del pueblo judío, cuya *prosperidad* expresa admirablemente.

¿No convenía, sin embargo, que a la espera del diluvio de inmundicias que estimularía su fecundidad ulterior diera un *fruto* cualquiera a ese Redentor impaciente que la había maldecido? ¿Y no sería lícito conjeturar que el impenetrable Traidor que resumía con tanta exactitud a la Raza bífida se colgó precisamente de ese árbol de desesperación, a cuya sombra los buenos hebreos de la tradición se sentaban confiadamente?

He ahí lo que debe asombrar a los Espíritus del cielo cuando cotejan la suerte de los judíos —a partir de esa horrible *primicia*— con las antiguas promesas de dominación gloriosa y de alegría "in æternum" de que sus Libros están saturados.

A la aparición del Pobre —imprevista al cabo de dos mil años— desapareció por completo todo lo que había en ellos de espiritual y se puso de manifiesto su naturaleza carnal de contadores de dinero.

Judas es su tipo, su prototipo y su supertipo, o, si se quiere, el paradigma exacto de las innobles y sempiternas conjugaciones de su avaricia, hasta el punto que se los creería salidos a todos, al mismo tiempo que los intestinos, del vientre reventado de ese cambalachero de Dios.

Era un vulgar *trapacero* —un *klefto,* según el griego— dice el dulce evangelista San Juan, y "tenía la bolsa". La tiene todavía, la tiene más que nunca, y es eso, exclusivamente, lo que nos procura el espectáculo generoso de

las indignaciones periodísticas del acéfalo denigrador de Sem.

La Edad Media, que tenía apenas la noción del portamonedas y cuyo corazón zozobraba de amor, no iba más allá de los treinta dineros, que seguramente le parecían una suma fabulosa y que acaso hubiera preferido menos considerable, para que el oprobio de su Dios fuera más primo hermano de la humillación de los míseros que pedían limosna en su Nombre.

Los cristianos de entonces comprendían perfectamente que en el drama tumultuario del Viernes Santo no hay más que *dos* personajes: los Judíos y el Pobre, y repartían equitativamente sus almas simples entre la admiración dolorosa y el horror sin límites, dejando todo lo demás para los sutiles doctores que hablaban el latín.

No sé exactamente dónde leí la ingenua aventura de aquel viejo caballero que presidía, en su calidad de personaje eminente, un símbolo reunido para el proceso eclesiástico de un rabino turbulento que había hecho circular ciertas vituperables glosas contra la Virgen María. Después de una larga disputa en que el audaz circunciso había confundido fácilmente a los teólogos ignaros, y cuando comenzaba ya el equívoco silencio que precede al fallo inapelable de un tribunal, el viejo caballero de férrea armadura, que no había dado hasta ese momento señal alguna de vida, descendió lentamente del alto sitial donde había parecido estar dormitando y, aproximándose al tal-

mudista, le dijo: "Judío, has hablado muy bien, pero hay un argumento que no has previsto y que te dejará sin respuesta". Y desenvainando su inmensa espada de Ptolomeo o Antíoco, lo partió en dos, de la cabeza a los pies, como un sarraceno felón.

Anécdotas como ésta tienen un gran valor para exasperar a los imbéciles y refrescar la imaginación de los buenos cristianos.

XV

¡Grande y humilde Edad Media, época la más cara para todos aquellos a quienes los clamores de la Desobediencia incomodan y que viven retirados en el fondo de sus propias almas!

Los tres últimos siglos han hecho mucho por empañarla y desacreditarla, desnaturalizando por medio de todos los opios las gloriosas facultades líricas del viejo Occidente. Hasta existe una nueva escuela de historiadores críticos y documentales para quienes esta odiosa tarea es la permanente preocupación.

Pero tengo para mí que los mil años de lamentaciones, de cruentas locuras y de éxtasis continuarán corrien-

do a través de los dedos de los pedantes hasta que deje de latir el corazón humano, y es curioso observar que los Judíos son, en definitiva, los testigos más fieles y los conservadores más auténticos de esa cándida Edad Media que los execraba por el *amor de Dios* y que tantas veces quiso exterminarlos.

He evocado ya al comienzo el recuerdo de aquellos sucios y sublimes individuos que me fué dado contemplar en Hamburgo, animales tan bien conservados en su propia inmundicia, tan intactos, tan prodigiosamente incontaminados de todo lo que no fuera la miseria de sus ascendientes y de sus allegados, que sentí la angustia de hallarme en presencia del mismo rebaño que asqueaba a la gente en los tiempos de Felipe Augusto y de Federico Barbarroja, diseminada ya bajo tierra o en los campos de los cielos después de tantas generaciones de haber muerto recordando la muerte de Cristo.

Entreví entonces la enorme grandeza de aquellos tiempos lejanos en que la Iglesia militante, que había sojuzgado al mundo y que posaba los pies de la Inmaculada Concepción sobre la cerviz de los reyes, estrellaba, sin embargo, su poderío contra un pueblo de seres miserables que le resistía sin morir jamás.

Hubiera podido decirse, parecería, que aquel obstáculo imposible de vencer era una advertencia, en plena victoria, acerca de lo precario de su condición de desposada

de un Dios bañado en sangre a quien todo había resistido...

Y debió, temblorosa como el mar, tomar para sí la concisa prohibición del Señor: "Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas" *

Sin embargo, la guerra a los Judíos no fué jamás, en cuanto a la Iglesia, otra cosa que el esfuerzo mal dirigido de un gran celo caritativo, y el papado no hizo sino ampararlos generosamente contra el furor de todo un mundo.

* Job, XXXVIII, 11.

XVI

Exspectans exspectavi, cantaban los cristianos, esperando la Resurrección de los muertos.

—*Exspectaveram et adhuc exspectabo,* rectificaban hondamente los gemidos de Israel. Yo esperaba y sigo esperando. Vuestro Mesías no es mi Mesías, y aunque todas vuestras tumbas se abrieran, yo seguiría esperando.

Mientras la paciente Iglesia de Jesús consideraba silenciosamente esa eterna suspensión que una inefable esperanza fortalecía, y de la cual ningún salvador hubiera podido sobrellevar la espantosa penitencia, las basílicas y los monasterios repicaban a la gloria de un Niño

Judío que había muerto en la ignominia para salvar a los desesperados.

Los sollozos y los cantos de las campanas, que hacían estremecer de amor a todos los imperios cristianos, golpeaban en vano el alma obstinada de esos huérfanos del Leviatán *.

Depositarios de una Promesa imperecedera, que la Iglesia consideraba cumplida, y amparados en un Pacto sempiterno registrado por el Espíritu Santo hasta trescientas veces, el Hijo de María les parecía apenas el igual de aquel rey de Jerusalén, que fué, "lleno de lepra hasta el día de su muerte", el terrible habitante de una casa solitaria, por el crimen de haberse apoderado del incensario del gran sacerdote **.

¡Cómo debían despreciar las pompas dolorosas del Cristianismo esos indómitos harapientos que siempre pensaron que la Gloria del Dios de Ezequiel tenía necesidad de su propia gloria!

¡Ah! Hubiera sido inútil que la Iglesia les dijera: "Aquel que vendió a su hermano, un hijo de Israel, debe sufrir la muerte" ***. Toda la posteridad de Jacob podía responderle:

—Si nos creéis semejantes a Caín porque andamos errantes y fugitivos sobre la tierra, recordad que el Señor

---

* Job, caps. XL y XLI. (N. del T.).
** Paralip., libro II, cap. 26.
*** Deuteronomio, XXIV, 7.

señaló con un SIGNO a ese asesino, para que no lo mataran aquellos que lo hallasen *. ¡Qué vanas son, después de eso, vuestras amenazas de exterminio! Tenemos la palabra de honor de Dios, que nos juró alianza eterna, y nos negamos a relevarlo de ella. Esa palabra sigue siendo inquebrantable, y cuando ella se cumpla, vosotros os convertiréis en nuestros esclavos. Si aquel que hemos crucificado es su Hijo, que se salve a sí mismo ese Salvador de los otros, y cuando descienda de su Cruz creeremos en él, como lo hemos prometido.

* Génesis, IV, 15.

XVII

La Madre de los fieles, helada de horror, continúa, en la imperturbable serenidad de su Liturgia, las Lamentaciones sublimes:

"¡Cómo se ha tornado solitaria la ciudad antes tan populosa! La Dominadora de las naciones ha quedado como viuda; la Soberana de las provincias es ahora tributaria.

"Ella llora inconsolable en la noche, y corren las lágrimas por sus mejillas; entre los que fueron sus amigos no hay quien la consuele; todas las que la amaban la desprecian y se han convertido en enemigos suyos.

"Emigró Judá, por verse oprimido con muchas ma-

neras de esclavitud. Fijó su morada entre los gentiles, mas no halló reposo; todos sus perseguidores lo oprimieron con angustias.

"Lloran los caminos de Sión, porque no hay quien vaya a su Solemnidad; destruídas están todas sus puertas, gimiendo sus sacerdotes, tristes sus vírgenes y ella oprimida de amargura.

"Los extranjeros se han enseñoreado de ella y los que la odiaban se han enriquecido, porque el Señor habló contra ella a causa de la muchedumbre de sus iniquidades; sus pequeñuelos han sido llevados al cautiverio en presencia del que los oprimía.

"*¡Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor, tu Dios!*

"La hija de Sión ha perdido toda su hermosura; sus príncipes han venido a ser como carneros que no hallan pasto, y han marchado desfallecidos delante del que los conduce.

"Jerusalén ha recordado los días de su aflicción y la inconstancia de todos aquellos bienes de que gozó desde los tiempos antiguos, cuando su pueblo se arruinaba por obra de sus perseguidores, sin que nadie acudiese a socorrerlo; la vieron sus enemigos, y se burlaron de sus solemnidades.

"Enorme pecado fué el de Jerusalén; por eso ha perdido su estabilidad. Todos aquellos que la glorificaban la han despreciado, por haber visto su ignominia; y ella misma, sollozando, ha vuelto hacia atrás su mirada.

"Hasta sus pies llegaron sus inmundicias, y ella no pensó en su fin. Está profundamente abatida y no tiene quien la consuele. Considerad, Señor, mi aflicción, porque el enemigo se ha envanecido.

"¡Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor, tu Dios!

"El enemigo se adueñó de cuanto Jerusalén más apreciaba, y ella vió que su santuario era invadido por los gentiles, que tenían prohibido entrar en tu iglesia.

"Todo su pueblo está gimiendo y anda en busca de pan; todo cuanto tenía de precioso lo ha dado para conseguir un mendrugo a fin de reanimar sus fuerzas. Considera, Señor, cuánto estoy envilecida.

"¡Oh, vosotros, cuantos pasáis por este camino, atended y considerad si hay dolor como mi dolor! Porque el Señor, según anunció el día de su gran furor, me ha despojado de todo.

"Desde lo alto envió fuego dentro de mis huesos, y me hizo comprender; tendió una red a mis pies, y me hizo retroceder. Me ha dejado desolada, consumida todo el día por la tristeza.

"Vió el yugo de mis iniquidades y las arrolló con su mano alrededor de mi cuello. Mi vigor se ha debilitado extremadamente y el Señor me ha abandonado a una fuerza de la que no podré desasirme. *

"¡Jerusalén, Jerusalén, enmiéndate, por el amor de tu pobre Dios que te implora!"

---

* Oficio de Tinieblas, primer nocturno del Jueves Santo.

XVIII

Jesús agonizará hasta el fin del mundo, escribía Pascal, el más deplorable, a mi juicio, de los grandes hombres que se han equivocado mucho.

Pensamiento de una alta y triste belleza que el feroz jansenista no hubiera explicado, seguramente, y que no podía ser, ante sus propios ojos, sino una hipérbole de piedad.

No resultaría fácil, sin embargo, decir hasta qué punto esa combinación de sílabas tiene el poder de sugestionar a un corazón profundo, que la supondría más que humana...

A fuerza de amor, la Edad Media había compren-

dido que Jesús está eternamente crucificado, eternamente sangrante, eternamente moribundo, escarnecido por el populacho y *maldecido por Dios mismo,* según el texto preciso de la antigua Ley: "Aquel que pende del madero está condenado por Dios".

¿Cómo, pues, hubiera podido la Edad Media no aborrecer a los Judíos? Para ella, la Pasión era contemporánea, flagrante, la Sangre de Cristo estaba todavía tibia y roja y en sus oídos zumbaba aún, fuertemente, el clamor execrable.

¿Ese pueblo demoníaco no había aullado, acaso, dirigiéndose al cobarde condenado a lavar perpetuamente sus manos homicidas: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos"? Era menester, pues, satisfacerlo, cumpliendo, para ignominia eterna de todo un pueblo, el penal versículo del Nuevo Testamento, tan profético como el Antiguo, donde está dicho que así será, sin que se cambie una jota ni un punto, mientras la tierra y el cielo subsistan.

Los sufrimientos de Jesús fueron el pan y el vino de la Edad Media, su escuela primaria y el altivo pináculo de su sabiduría. Fueron su morada, su hogar lleno de blandones y de chispas, su cuna y su lecho de muerte y, a veces, el paraíso de sus Santos, que no imaginaban nada mejor que llorar durante toda la eternidad con la Madre de las Siete Espadas y con el Buen Ladrón. Fueron, y debían ser, el poema siempre nuevo, la rediviva

peripecia de un drama siempre angustioso, para una sociedad ingenua cuyas facultades de entusiasmo y de dilección brillaban con una magnificencia que sólo las hogueras del Paráclito podrán volver a encender un día.

La *Pobreza* del Señor era comprendida maravillosamente por esas sensibles multitudes, y la compasión por un Dios tan lamentable hacía a veces morir a otros pobres que aceptaban voluntariamente, por sobre sus propias miserias, todo lo que podían llevar de su carga.

Para sufrir mejor con él, se estrechaban contra la Virgen doliente, que tiene sobre sus rodillas —como en una nueva cruz *— a su gran Hijo muerto y arranca de su Frente, con preciosas tenazas, las duras espinas que le han clavado.

"—Dolorosa y llorosa, ¡oh Virgen María!, haz que sienta yo la fuerza de tu dolor, para que contigo llore —decían—. *Haz que lleve la muerte de Cristo,* haz que comparta su Pasión y que venere sus llagas". * *

Sólo ella podía decirles la pena infinita del pobre Dios que había puesto humildemente en el mundo y que jamás se fatigó de sentirse acongojado y de festejar la tribulación.

* Santa Brígida, libro I, cap. 10.
** Oficio de los Siete Dolores.

XIX

Y la inmensa mirada de desolación con que la Estrella de la mañana anegaba a quienes la compadecían, era para ellos un respuesta de desgarradora suavidad.

—Los pérfidos Judíos —creían escuchar— han acusado a mi divino Hijo de ser un hombre glotón y bebedor *, lo cual es bien cierto, os aseguro, porque aun estando en su Cruz gimió para que le dieran de beber.

¡Y pensar que en ese momento El veía *mis lágrimas!*

Esas lágrimas, estrechamente vinculadas con su Humanidad santa y armadas entonces contra él con la omni-

---

* *Ecce homo vorax et potator vini.* (Mateo, XI, 19).

potencia de la impetración por un mundo herido de locura, se elevaron como una multitud de olas en torno de su Cruz solitaria...

Y en ese momento, antes de que todo fuese consumado, cuando se cumplían espantosamente las antiguas profecías, cuando al cabo de cuatro mil años de humillación la Mujer volvía, por fin, a estar *de pie* ante el Arbol de la Vida, hollando con su planta la cabeza de la Serpiente y tocando con su frente las doce estrellas, toda la descendencia del primer Desobediente, magnificada por mi Compasión, se manifestó en el esplendor de mis lágrimas.

El Cáliz de amargura infinita que Jesús, bajo los olivos, pidió a su Padre que apartara de El, y que llenó de espanto a su Alma hasta hacerle sudar sangre y agonizar, era preciso que lo bebiera ahora de manos de Aquella a quien eligiera desde el comienzo para ser el ministro sin tacha de la parte más cruel de su Suplicio.

¡Ya que había gemido de sed, era preciso que lo bebiera hasta la última gota, y no debía serle permitido expirar hasta que ese verdadero *Cáliz de su Agonía* que era Mi Corazón volcara todas las lágrimas de las generaciones!

Huído al cielo el Angel que lo había asistido la víspera, y abandonado por su Padre, se cumplía en El, de manera infinita y sin ejemplo, la rigurosa sentencia: "¡Ay del que está solo!"

Su misma Madre se había convertido para El en una extraña, puesto que se despojó de Ella en favor de su discípulo antes de pedir que le dieran de beber*.

Estaba solo para siempre y frente a frente con Judit, como un Holofernes clavado en el lecho de su perdición **.

El sol se oscurecía ya para escapar al horror de esa confrontación silenciosa, y los muertos comenzaban a agitarse en sus sepulcros.

—Bebed, Hijo mío —decían las voces desoladas de mi abismo—; bebed estas lágrimas de tristeza y de cólera. No tiene la hiel suficiente amargura ni el vinagre suficiente acidez para apagar una sed semejante a la vuestra.

Bebed estas lágrimas de huérfanos, de viudas y de desterrados.

Bebed estas lágrimas de adúlteros, de parricidas y de desesperados.

Bebed también esto, que es el océano de las lágrimas de la Avaricia, de la Concupiscencia carnal y del Orgullo.

Bebed, en fin, estas lágrimas de plata, que serán en adelante el único patrimonio de Israel y que algún día la sacrílega irrisión de los falsos cristianos derramará sobre el catafalco agusanado de la vanidad de los muertos.

Esto es todo lo que el Pueblo de Dios ha guardado para confortaros en vuestra segunda Agonía, y os lo

* Juan, XIX, 26 y 27. (N. del T.).

** Epístola de la misa de los Siete Dolores.

ofrece por mi intermedio porque me designasteis cruelmente a mí para abrevaros antes de vuestro último suspiro.

Puesto que habéis dicho que "son bienaventurados los que lloran", por llorar yo las lágrimas de todas las generaciones "todas las generaciones me llamarán Bienaventurada".

Yo había hablado sólo *seis* veces en el Evangelio. Tal fué mi *Séptima Palabra,* que no oyeron ni el Evangelista, a mi derecha, ni Magdalena, a mi izquierda, pero a la cual respondió el clamor poderoso del *Consummatum.*

Jesús bajó su Cabeza aterradora para que la muerte pudiera aproximarse...

Y el Velo del Templo fué desgarrado de arriba abajo, como la túnica de Caifás o el vientre del Traidor, para hacer saber que los crueles Judíos no tendrían ya sino tabernáculos desiertos.

XX

Las desolaciones y los terrores del Evangelio creaban un ambiente tal, alrededor de la buena gente de otros tiempos, que su aversión a los Judíos ponía en la naturaleza misma de su sensibilidad algo de profético.

Los Judíos no solamente habían crucificado a Jesús, no solamente seguían crucificándolo en su presencia, sino que, por añadidura, rehusan *hacerlo descender de su Cruz creyendo en El.*

Porque las palabras del Texto siguen vivientes.

Para esas almas profundas y amorosas no podía haber cuestión de retórica o de vana literatura cuando se trataba de la Palabra de Dios.

Los fabricantes de libros, que lo han dilapidado todo, dormían todavía en los limbos de las maternidades futuras, y grande habría sido el horror si alguien hubiera osado suponer que el Espíritu Santo pudo haber referido una anécdota o un incidente accesorio cuya supresión no significara inconveniente.

No había en el Libro una sílaba que no se refiriese al mismo tiempo al pasado y al porvenir, al Creador y a las criaturas, al abismo de arriba y al abismo de abajo, envolviendo a todos los mundos a la vez en un único resplandor, como el remolinante espíritu del Eclesiastés, que "pasa considerando los universos *in circuitu* y que vuelve siempre sobre sus propios círculos".

Este ha sido siempre, por otra parte, el infalible pensamiento de la Iglesia, que elimina de sí, a la manera de un miembro podrido, a quienquiera que toque esta Arca santa llena de truenos: la Revelación por las Escrituras, eternamente *actual* en el sentido histórico y absolutamente *universal* en el sentido de los símbolos.

En otros términos, la Palabra divina es infinita, absoluta, irrevocable en todo sentido y, sobre todo, prodigiosamente iterativa, *pues Dios no puede hablar sino de Sí mismo.*

Aquellas almas simples se hallaban, pues, "razonablemente" persuadidas de que la Burla judía consignada por los dos primeros Evangelistas, significaba nada menos que un cumplimiento profético de la historia de Dios con-

tada por Dios, y su instinto les advertía que el "Reino terrenal" del Crucificado y el fin glorioso de su permanente Suplicio dependían, en forma inexpresable, de la buena voluntad de esos infieles.

XXI

Pero he aquí que la voluntad de esos malditos era, precisamente, infernal. Se sabían poderosos y su abominable alegría consistía en retardar indefinidamente, eternizando a la Víctima, el Reino glorioso esperado por los cautivos.

La Salvación de todos los pueblos se veía así, por su perversidad, diabólicamente *suspendida* —en sentido figurado y en sentido propio— y el apóstol fariseo, que comprendía sin duda mejor que nadie estas cosas, no pudo menos que confesar que el mundo no estaba salvado sino "en esperanza", sólo en esperanza y que había que

aguardar aún la Redención, exhalando, con el doliente Espíritu del Señor, "gemidos indecibles" *.

La negativa de esos canallas detenía espantosamente, por minutos y por segundos, los más rápidos episodios y todas las peripecias de la Pasión.

El fétido Judas besaba siempre a su Maestro en el Jardín y Simón Pedro, el lamentable *hijo de la Paloma,* no cesaba ya de negarlo, mientras "se calentaba" los pies en el vestíbulo.

Salivazos, Bofetadas y Golpes llovían sin interrupción ni misericordia, al mismo tiempo que resonaban, más horriblemente que nunca, la batahola de las Injurias y el estrépito sobrenatural de los *Cinco mil azotes* mencionados por la tradición, acrecidos y multiplicados por todos los ecos del Dolor de la tierra, como el carrillón de los huracanes.

Bajo el alto pórtico de una colosal morada, de donde parecían salir las tinieblas, el taciturno Pilatos se lavaba las manos desde hacía mil años, pensando sin duda lavárselas otros mil más, para ver si conseguía de algún océano lo que en vano había esperado de todos los ríos.

Y ante ese juez hipócrita, la imperdonable Corona, la auténtica "Zarza ardiendo", seguía clavando sus espinas atroces en la Cabeza del divino Ajusticiado, que el trabajo de los flageladores había encendido como un tizón.

* Rom., VIII, 24, 26.

El enorme clamor de los asesinos de Dios rugía más fuerte que el bramido obstinado de una catarata, agravado por la voz lastimera de los corderos destinados a la inmolación pascual, que llegaba a cada instante de la Piscina probática...

Y esa Cruz de demencia, el enclavamiento y el desclavamiento de Cristo, su extenuación indecible y las Siete Palabras que pronunció, la Estación de la Madre y esa Muerte entre las muertes, que espantó al sol durante tres horas, todos los detalles, en fin, de esa orgía escandalosa de torturas, cuyo solo presentimiento enerva a los extáticos, eran despiadadamente precisos y discernibles, fijos para siempre en el tiempo y en el espacio, anquilosados por una infrangible voluntad.

"Descendat nunc de cruce... Que descienda ahora de su cruz y creeremos en él. Destructor del templo de Dios, sálvate a ti mismo". No debía descender. Nada terminaba porque nada podía terminar, y las cosas que iban terminando renacían de inmediato por todas partes.

Los fieles sangraban con Jesús, sufrían sus llagas, agonizaban con su sed, se sentían abofeteados al mismo tiempo que su sagrada Majestad por toda la canalla de Jerusalén, y hasta los niños que no habían nacido todavía se estremecían de horror en el claustro materno cuando se oía el Martillo del Viernes Santo.

Los labradores, sollozando, encendían entonces míseras antorchas en los surcos de la tierra, para que esta

nodriza de los desgraciados no fuera esterilizada por la inundación de las tinieblas que se expandían desde lo alto del Calvario, a la manera de un largo penacho negro, en el momento del Ultimo Suspiro.

Era el día del gran Interdicto de la compasión y del temblor. Las aves migratorias y las fieras que habitaban en los bosques se asombraban de ver tan tristes a los hombres y los animales pacíficos sudaban de angustia en el fondo de los establos al ver llorar a sus pastores.

Los cristianos, imágenes de un Altísimo Dios que descendió tanto, se reprochaban amargamente haberlo a su semejanza y no se atrevían a contemplar la bóveda de los Cielos...

Desde los Maitines del Jueves *absoluto* hasta el inmenso Aleluya de la Resurrección, el mundo estaba lívido y silencioso, trabadas las arterias, paralizadas las fuerzas, "lánguida la cabeza y el corazón doliente". Imperio absoluto de la Penitencia. Sólo una lúgubre puerta, rodeada de pálidos monstruos acusadores, se entreabría para acercarse a Dios. Los resplandecientes *vitraux* se amortecían y las buenas campanas dejaban de tañer. Se tenía apenas la audacia de nacer y casi no se osaba morir.

En vano se trataba de consolar a la Virgen de las Espadas, cuyos ojos quemados por las lágrimas se asemejaban a dos soles muertos. Ese Rostro maternal, que rechazaba todo consuelo, se convertía en un volcán de horror y obligaba a las multitudes a prosternarse...

"¡Que descienda!", seguían aullando los chacales de la Sinagoga. ¿Y para qué, oh Israel? ¿Acaso para devorar a ese nuevo José engendrado en tu ancianidad, a quien hiciste una hermosa "túnica de varios colores", y que está allí, inmóvil, en los brazos en cruz de esa Raquel inconsolable?

XXII

"Oremos también por los pérfidos Judíos, para que Dios Nuestro Señor quite el velo de sus corazones, a fin de que reconozcan con nosotros a Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh Dios Omnipotente y Eterno, que no excluyes de tu misericordia ni a los pérfidos Judíos! Oye las plegarias que te hacemos por la ceguera de ese pueblo, para que, reconociendo la luz de tu verdad, que es Cristo, salga de sus tinieblas".

Tales eran y tales serán hasta el *Fin* las plegarias de la Iglesia por la asombrosa descendencia de Abrahán. Plegarias absolutamente solemnes que sólo son recitadas públicamente el Viernes Santo.

En ese momento, sin duda, los corazones de otros tiempos suspendían sus latidos y el silencio de la cólera era prodigioso, en la esperanza universal de oír llegar de los lugares subterráneos el primer suspiro de la conversión del Pueblo obstinado.

Se comprendía confusamente que esos hombres de mugre y de ignominia eran, a pesar de todo, los carceleros de la Redención, que Jesús era su cautivo y su cautiva la Iglesia, que su consentimiento era necesario para la difusión de los gozos espirituales, y que a eso se debía que un persistente milagro protegiera a su progenitura.

En cumplimiento de la más impenetrable de las leyes, estaban poderosamente anclados en su perversa voluntad de adormecer la Fuerza de Dios y de aplazar implacablemente su Gloria, para que la una y la otra se mostraran inactivas en presencia de la desesperación de la humanidad, hasta la hora admirablemente secreta en que la Propiciación dolorosa del Verbo hecho Carne fuera consumada *en todos sus miembros.*

Y Jesús mismo había declarado que esa hora era secreta también para él, afirmando que "nadie, excepto el Padre, la sabía..." *

Pero lo verdaderamente intolerable del misterio era la idea de que ese momento único, deseado ansiosamente a través de todas las edades por la universalidad de las

* Marcos, XIII, 32.

criaturas, dependía también de los Judíos, que se *oponían* a la Sangre de Cristo.

Los siglos habían corrido como los ríos y las generaciones vivientes se amontonaban sobre las generaciones muertas. En vano se exhibían títulos y documentos rubricados con esa preciosa Sangre y refrendados con la sangre de todos los Mártires; el rostro odioso de los usureros del Consolador permanecía impasible, y la magnificencia de Dios no podía manifestarse.

He ahí cómo los Judíos, tan duramente oprimidos por los adoradores de la Cruz, hacían correr, en desquite, tantas lágrimas cristianas detrás de ellos, tan terribles lágrimas, que hubiera podido creerse que el Mar Rojo se había lanzado a perseguirlos. Y he ahí por qué la Iglesia tenía el valor de rogar por ellos con el corazón destrozado.

XXIII

Los Judíos no se convertirán mientras Jesús no baje de su Cruz, y Jesús no puede bajar de ella mientras los Judíos no se hayan convertido.

Tal es el dilema insoluble en que se retorcía la Edad Media como entre los brazos de un torno. De ahí que no cesaran de maldecir y exterminar a esos abominables antagonistas más que para suplicarles, sollozando a sus pies, que tuvieran piedad del Dios doliente.

No hay poema comparable con ese arrodillamiento insensato de todos los pueblos ante un rebaño de bestias abyectas, para implorar en nombre de la Sabiduría Eterna agonizante: *"Quil feci tibi, aut in quo contristavi te?*

"¡Pueblo mío! ¿Qué he hecho o en qué te he contristado? Respóndeme.

"Porque te saqué de la tierra de Egipto, preparaste una Cruz a tu Salvador...

"Porque te guié cuarenta años en el desierto y te sustenté con maná y te llevé a una tierra de abundancia, preparaste una Cruz a tu Salvador...

"¿Qué más debí hacer por ti que no haya hecho? Yo te planté como mi viña magnífica, y tú me has salido tan amarga, que apagaste mi sed con vinagre y traspasaste con lanza el costado de tu Salvador...

"Por ti descargué mi azote sobre Egipto y sus primogénitos, y tú me entregaste para ser azotado...

"Yo te precedí en la columna de nubes, y tú me llevaste al pretorio de Pilatos...

"Yo te sustenté con maná en el desierto, y tú me diste golpes y bofetadas...

"Por tu culpa herí a los reyes de los cananeos, y tú con una vara heriste mi cabeza...

"Yo te di un cetro real, y tú pusiste en mi frente una corona de espinas...

"Yo te exalté a gran poderío, y tú me levantaste en el patíbulo de la Cruz..." *

Imploración vana y siempre la misma insultante negativa. "Ha puesto su confianza en Dios. Pues enton-

* *Oficio del Viernes Santo.* Adoración de la Cruz.

ces, que Dios lo salve ahora, si le interesa, ya que ese salvador de los otros ha pretendido ser hijo suyo". ¡Ni la amenaza del derrumbe de los cielos hubiera podido arrancarles otra respuesta!

XXIV

De ahí que la Raza anatematizada fuera siempre para los cristianos, a la vez que un objeto de abominación, la causa de un temor misterioso.

Cierto es que se trataba del rebaño sumiso de la dulce y poderosa Iglesia, infalible e indefectible, en cuyo seno se tenía la seguridad de no perecer; pero sabíase también que el Señor no lo había dicho todo, que su revelación parabólica y similitudinaria era penetrable sólo hasta una mínima profundidad...

Sentíase que había *allí* algo que no estaba explicado, algo que la misma Iglesia no conocía del todo y que podía ser infinitamente temible.

¿Por qué, de otro modo, esos furores, esas súplicas?

Si se tuviera la fuerza y la audacia de aventurarse hasta el borde del abismo, de inclinarse sobre el pavoroso embudo de los arcanos insondables, sería para morir de vértigo con sólo soñar que Israel, tan "fuerte contra Dios y que menospreciaba las lecciones de Cristo, era, sin embargo, el *único* que habría tenido verdaderamente el derecho y la desconcertante prerrogativa de exhalar, a partir del quinto milenio de la Catástrofe inicial, la quinta reivindicación del *Padrenuestro:* "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".

¿Qué deudas? ¿Qué deudores?

Puesto que los hijos de Jacob tienen por acreedor al Pobre, que es Hijo de Dios, ¿por qué no admitir que sean a su vez, en un sentido más misterioso, los acreedores de ese pródigo Espíritu Santo, cuyas Escrituras habría dejado *protestar* Jesús con su muerte?...

Y esta misma muerte, obra de ellos, ¿no sería, por ventura, la bellaquería profunda y perfecta, la locura *en abismo* que la precisión litúrgica ha designado con el singular calificativo de "perfidia judía"?

¿No se trataba, en efecto —para no salir de las comparaciones abyectas que convienen tan perfectamente al Dios de una abyecta humanidad— de hacer *anticipos* al Consolador para obligarlo a *pagar* con una tremenda usura, aunque fuera en el término de veinte siglos, a expensas de ese doliente Cristo que seguirá agonizando en su

Cruz de oprobio hasta que los crueles exactores se den por satisfechos?

Porque la Salvación no es una broma de míseros sacristanes, y cuando se dice que su precio ha sido la sangre de un Dios hecho hombre en carne judía, eso significa que ella lo ha costado *todo* en la eternidad de los tiempos. Piénsese en ese Padre que espera siempre, también El, y que espera de manera más perfecta que nadie, puesto que es el único que sabe el Fin.

Tan luminosa parábola de su eterna Ansiedad beatífica en el fondo de los cielos es la historia del Hijo pródigo, que se ha hecho trivial y ya nadie la comprende.

Decid, si no, a los católicos modernos que el Padre que, según el relato de San Lucas, reparte la SUBSTANCIA entre sus dos hijos, es el propio Jehová, si está permitido designarlo con su terrible Nombre; que el primogénito, que se conservó prudente y que "siempre estuvo con él", simboliza, sin lugar a dudas, a su Verbo Jesús, paciente y fiel; y que el hijo menor, aquel que viajó por un "país remoto, donde consumió su hacienda con meretrices", hasta el punto de verse reducido a guardar cerdos y a "desear con ansia henchir su vientre de las algarrobas que comían esos animales", simboliza seguramente al Amor Creador, cuyo hálito es errabundo y cuya función divina parece no ser otra, al cabo de seis mil años, que sustentar a los cerdos cristianos, después de haber apacentado a los cerdos de la Sinagoga. Agregad, si

queréis divertiros, que el becerro cebado que se sacrifica para celebrar con un banquete el arrepentimiento del libertino, no es otro que ese mismo Jesucristo, cuya inmolación entre los "mercenarios" es siempre inseparable de la idea de rescate y de perdón.

Decidles todo eso, tratad de conseguir que esas grandiosas similitudes, familiares cuando más a algunos leprosos, penetren en la pulpa untuosa e impermeable de nuestros devotos, acostumbrados desde la infancia a no ver en el Evangelio otra cosa que un edificante tratado de moral, y oiréis magníficos clamores...

XXV

No tengo, ciertamente, motivo para suponer que los cristianos de la Edad Media poseyeran, en general, tan transcendentales percepciones acerca de Dios y de su Palabra. Pero, no habiendo conocido el siglo XVII ni la Compañía de Jesús, eran simples, y si no creían con un alma enamorada, creían con un corazón tembloroso, como está escrito de los demonios *, y eso bastaba para que algo adivinaran, para que sus temores y sus esperanzas llegaran más allá de los mezquinos horizontes entrevistos por los soñolientos rebaños de la piedad contemporánea.

* "Tú crees que Dios es uno: haces bien; también los demonios lo creen, y tiemblan". Ep. Cat. de Santiago, II, 19.

"No te he amado para divertirme", oyó un día la visionaria sublime de Foligno. Estas cándidas palabras cuentan la historia de millones de almas.

La religión no movía entonces a risa, y la Vida divina, para esa gente simple, era la cosa más seria, más perentoria del mundo.

En el Evangelio se habla de cierto Simón de Cirene, a quien los Judíos obligaron a llevar la Cruz con Jesús, que sucumbía bajo su peso. La tradición nos dice que era un hombre pobre y piadoso y que inmediatamente quiso hacerse cristiano, para tener el derecho de llorar como tal recordando a la Víctima cuya ignominia había tenido la gloria de compartir.

¿No se piensa conmigo que semejante adjunto del Redentor humillado es una evidente prefiguración de esa Edad Media plena de horcas y de basílicas *, de tinieblas y de espadas sangrantes, de sollozos y de plegarias, que durante mil años cargó sobre sus hombros, hasta donde pudo, la inmensa Cruz, caminando con ella por los negros valles y las colinas dolorosas, exaltando a sus hijos en la misma angustia, sin sepultarse en la tierra hasta que ellos hubieron crecido lo suficiente para substituir su compasión con la propia?

¡Prodigiosa, infatigable resignación!

El pan le falta muchas veces, y el reposo siempre;
La mujer, los hijos, los soldados, los impuestos,
Los acreedores, la carga vecinal,
Forman la exacta pintura del rigor de sus desdichas.
Llama a la Muerte; viene sin tardar

* Paul Verlaine.

Y le pregunta qué se le ofrece:
—Que me ayudes a volver a cargar
Este Madero...*

....*La Fontaine se equivocó. No era un haz de leña lo* que los leñadores pedían a la Muerte que les ayudara a cargar sobre sus hombros. Era el MADERO de la Salvación del mundo, la "Esperanza única" del género humano, que los Judíos los obligaban despiadadamente a llevar.

Nunca se negaban a hacerlo, por mucho que estuvieran agotados por la fatiga y envueltos en una perpetua niebla de miserias, y si a veces se rebelaban contra los pérfidos, era, como he dicho, porque éstos se negaban a poner fin a las Congojas de Cristo, sentimiento de una ternura inefable que ya nadie comprenderá jamás.

---

* Point de pain quelquefois, et jamais de repos;
Sa femme, ses enfants, les soldats, les impôts,
Le créancier et la corvée
Lui font d'un malheureux la peinture achevée.
Il appelle la Mort. Elle vient sans tarder,
Lui demande ce qu'il faut faire.
—C'est, dit-il, afin de m'aider.
A *recharger* ce Bois...

(LA FONTAINE: *La Muerte y el Leñador*).

XXVI

Cierto es que los mismos Circuncisos están condenados a llevar la Cruz desde hace diecinueve siglos, pero de muy distinta manera.

Dije antes que a los Judíos de la Edad Media, perseguidos a la vez por todas las jaurías de la indignación y de la generosidad cristianas, les quedaba el recurso de oponerles, frenéticos, el *Signo* terrífico desenterrado de entre los huesos del primer Caín, en virtud del cual nadie podía exterminarlos con la espada de la Cólera ni con la espada de la Dulzura sin ser castigado *siete* veces *, vale decir, sin exponerse a la represalia infinita

* Génesis, IV, 15.

del Septenario omnipotente a quien los cristianos llaman Espíritu Santo.

Ahora bien, el signo con el cual fué señalado el patriarca de los asesinos y que Moisés no fué autorizado a revelar, muy bien pudo haber sido el Signo de la *Cruz*, si se tiene en cuenta la inspiración constantemente reiterativa de los Textos Sagrados.

La historia maravillosa de Caín, de la cual los moralistas discurridores de exégesis sólo han sacado la conclusión de que está mal matar al propio hermano, da, en unos pocos versículos de una tremenda concisión, el itinerario completo de la Voluntad divina, explícitamente declarada en los setenta y dos libros sobrenaturales cuyo conjunto constituye la Revelación.

No existe en la Escritura una síntesis más prodigiosa, hasta el punto que los nombres de Abel y Caín, *confrontados*, forman una especie de monograma simbólico del Redentor:

Agnus Bajulans Ego Lignum. Crucis Amanter Infamiam Novilitavi, etc., etc.

Podría multiplicarse hasta el infinito este juego de iniciales, que hacía las delicias de los escolares de otros tiempos.

Pero se trata aquí de un punto central, de la piedra de toque de las parábolas futuras, del eje de las Ruedas de Ezequiel, y si se intenta hablar a conciencia de esos dos primeros hijos de Adán, que son el alba de los anta-

gonismos humanos, todas las Ideas esenciales quieren precipitarse lanzando alaridos...

Baste observar que el Señor, *no pudiendo hablar sino de Sí mismo,* está necesariamente representado al mismo tiempo por el uno y el otro, por el victimario y por la víctima, por aquel que no tiene guardián y por aquel que no es "guardián" de nadie.

El inocente Abel, "pastor de ovejas", muerto por su hermano, es una evidente alegoría de Jesucristo; y el fratricida Caín, maldecido por Dios, errante y fugitivo sobre la tierra, lo es también, no menos ciertamente, puesto que el Salvador del mundo, habiéndolo asumido todo, es, al propio tiempo, la Inocencia y el *Pecado,* según la expresión de San Pablo *.

La aventura del Pródigo, mencionada un poco antes, no es, en el fondo, sino una de las innúmeras versiones de esta primera aventura de la humanidad.

Sin duda el compañero de los cerdos no mató a su hermano, pero éste fué, sin embargo, inmolado bajo la apariencia del becerro cebado, y el bienvenido porquerizo recibe, también él, de la mano del Padre y Señor, algunos *signos* misteriosos de una extraña solicitud...

En la inmensa selva umbría de las Asimilaciones escriturarias, se repite siempre la misma historia y la trama infinitamente complicada del mismo secreto.

---

* Cor., II, cap. V, 21.

Decir, movidos por tan insólitos pensamientos, que los Judíos están marcados con la Cruz tanto como los cristianos y como pudo estarlo el Fratricida, es arriesgar, cuando más, una perogrullada, nada edificante, convengo en ello, como todas las perogrulladas.

¿No resulta evidente, en efecto, que al realizar lo que podría ser imaginado como más idéntico a la carnicería del viejo Caín, determinaron el Cristianismo, tan imposible sin ellos como el "clamor de la sangre de Abel" sin el primer asesinato? Así como los cristianos llevan la Cruz visible y en relieve sobre su pecho o en el frontispicio de sus tabernáculos, ellos la llevan en lo hondo de sus almas devastadas y en las temibles cavernas de sus Sinagogas.

Digan lo que digan y hagan lo que hagan, no pueden dejar de ser, grabado en profundidad, el Sello de la Redención.

He ahí por qué su repulsivo aspecto es más evidenciador que el de los mejores cristianos, que pueden tan fácilmente, por propia voluntad, alterar el relieve del Signo salvador.

Esa marca abierta, que la ecuménica dilatación del Catolicismo ensanchara como el precipio del caos, han tratado de cubrir, llenándola con dinero, sin conseguir otra cosa que dar a ese terrible cáncer la apariencia de un pálido astro, haciéndose ellos mismos semejantes a espejos de sensualidad y de muerte.

XXVII

¿Osaré yo ahora, corriendo el riesgo de pasar por un miserable fomentador de sofismas heterodoxos, hablar, así fuere con timidez de paloma o prudencia de serpiente, del conflicto adorablemente enigmático entre Jesús y el Espíritu Santo?

He hablado ya de Caín y Abel, del Hijo Pródigo y de su hermano, como lo había hecho del Buen y del Mal Ladrón, que tan extrañamente los evocan. Hubiera podido recordar asimismo la historia de Isaac e Ismael, de Jacob y Esaú, de Moisés y el Faraón, de Saúl y David, y cincuenta otros menos populares, donde la rivalidad mística entre el Primogénito y el Segundogénito, decisiva y *sacra-*

mentalmente promulgada en el Gólgota, fué notificada a través de las edades a la manera profética.

Los hermanos anatematizados o perseguidores representan siempre al Pueblo de Dios *contra* el Verbo de Dios. Es una regla invariable y sin excepción que ni la misma Eternidad cambiaría.

Ahora bien, el Pueblo de Dios es el lamentable pueblo de los Judíos, particularmente condenados al Soplo del Sabaoth que tantas veces los hizo resonar como las arpas de los bosques seculares.

Israel está, pues, por privilegio, investido de la representación y de no se sabe qué oculta protección de ese Paráclito errante, del cual fuera habitáculo y encubridor.

Para quien no se halla desprovisto de la facultad de contemplación, separarlos resulta imposible, y cuanto más profundo es el éxtasis, más unidos se muestran. Lo cual termina por parecer, en la perspectiva de los abismos, una especie de identidad.

Pero he aquí algo singular. La Cruz representa al Espíritu Santo. Más: es el Espíritu Santo mismo.

"La Tierra sabrá un día, para agonizar de espanto, que ese Signo era mi Amor mismo, vale decir, el Espíritu Santo oculto bajo un disfraz inimaginable..." *

La Cruz es un Signo esencialmente Septenario.

En consecuencia, los Judíos, tan prodigiosamente ar-

* León Bloy: *El Desesperado*, pág. 271. Edición Mundo Moderno, Buenos Aires.

monizados con el Espíritu Santo —cuya voz *judía* se escucha perpetuamente en el contrabajo de nuestra liturgia, pues ese Espíritu sopló sobre ellos como el huracán— ofrecen precisamente la Cruz al Verbo de Dios, para que el Amor implacable llegue a él en su forma simbólica más perfecta y más dura.

En esa Cruz, donde los Siete Días se afligen, clavan fuertemente al mismo Verbo de Dios, que es el pobre Jesús, como los bárbaros campesinos clavan en la puerta de su casa al ave de la Sabiduría.

Lo clavan fuertemente para que no pueda descender sin que ellos lo permitan.

Siete golpes de martillo en la mano derecha, siete en la izquierda y siete más en el clavo que traspasa los dos Pies del Buen Pastor, los que suman *veintiuno,* número significativo, que es el de los años del insignificante Sedecías, el del nombre magnífico *, aquel que "no se ruborizó en presencia de Jeremías" cuando subió al trono mancillado de Jerusalén **, cuyo triste pueblo estaba condenado al cautiverio.

Pero eso no es todo.

La Cruz es innoble, y hace al Verbo de Dios innoble como ella.

La Cruz es locura, y el Verbo de Dios, por volun-

---

* *Sedecías* quiere decir "el Justo del Señor".

** Paralipómenes, II, cap. XXXVI, 11 y 12.

tad del pueblo hostil, se convierte en Esposo de su demencia.

La Cruz es débil, inmóvil, capaz sólo de torturar, y la omnipotente Palabra encarnada del "Dios de los Dioses", reclinada en sus brazos, tórnase débil como ella, inmóvil como ella, y se convierte en verdugo de sus predilectos, haciéndolos "configurarse" con su suplicio...

¡Ah, si fuera posible separarlos algún día! Pero sólo los Judíos tienen el poder de abrogar la ley de tormento que dictaron, *sin saber lo que hacían,* por una asombrosa impulsión del Abismo.

La gloria de esa Palabra que ellos desconocieron y el advenimiento del Amor, tan anunciado por sus profetas, no podrán llegar simultáneamente sino el día que Jesús haya dejado de estar crucificado, y eso depende exclusivamente de la Voluntad desconocida que suscitó su perfidia.

Pero era un millón de veces necesario clavarlos antes a ambos con crueldad, para testimoniar así milagrosamente, en el futuro, los *imposibles* esponsales de los dos Testamentos.

Algunos relámpagos más rápidos que la luz: he ahí todo lo que podemos esperar. La Revelación es un firmamento muy pálido, obscurecido por montañas de nubes tenebrosas de donde a veces sale, para ocultarse de inmediato, la extremidad del brazo del rayo.

En cuanto al Sol, no ha podido todavía reponerse de

su emoción del Viernes Santo, y sabemos que las "iotas y los puntos" no perdonan, que son tan implacables e impenetrables como los apólogos y oraciones más grandilocuentes de esa Escritura sellada tres y cuatro veces y de la cual multitud de cristianos han imaginado tan cómodas interpretaciones.

XXVIII

Sé muy bien cuán absurdo, monstruoso y blasfematorio debe parecer imaginar un antagonismo en el seno mismo de la Trinidad; pero no es posible, de otro modo, *presentir* el inexpresable destino de los Judíos, y cuando se habla amorosamente de Dios, todas las palabras humanas parecen leones ciegos que buscaran una fuente en el desierto.

Se trata, realmente, de algo que los hombres pueden concebir sólo como una rivalidad.

Todas las violaciones imaginables de lo que se ha convenido llamar la Razón pueden aceptarse de un *Dios que sufre,* y cuando se sueña en lo que es necesario creer

para ser apenas un mísero perro cristiano, no significa un gran esfuerzo conjeturar, por añadidura, "una especie de impotencia divina, *provisionalmente* convenida entre la Justicia y la Misericordia con miras a una inefable recuperación de Substancia dilapidada por el Amor" *.

Puesto que desde la infancia se nos enseña que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, ¿por qué ha de ser difícil presumir, como antiguamente, que en la Esencia impenetrable debe haber algo *sin pecado* que nos corresponde, y que la sinóptica desoladora de los desórdenes humanos no es sino un reflejo tenebroso de las indecibles conflagraciones de la Luz?

Si existe en el mundo un hecho notorio, verificado por la más rectilínea experiencia, es la imposibilidad de unir y asociar eficazmente el Amor y la Sabiduría. Los dos incompatibles caballos de tu coche fúnebre se han devorado siempre mutuamente, ¡oh idéntica Humanidad! Que aquel que pueda comprender, comprenda; pero seguramente ese misterio es el Secreto de Dios.

Y he aquí que en este momento viene a mí, desde los hipogeos de la memoria, un apólogo sublime de Ernesto Hello sobre la Justicia y la Gloria, reduplicativas denominaciones de esos dos antagonistas eternos.

Entrego esta sorprendente *parábola* —que acaso jamás fué escrita y que probablemente su autor no hubiera osado

* León Bloy: *El Desesperado*, pág. 37, edición Mundo Moderno, Buenos Aires.

publicar— tal como éste mismo me la contó, algunos años antes de su muerte:

A la hora ignorada del Juicio, llega el Juez. Ante El, los muertos resucitan, los mares se secan, las montañas tiemblan, los ríos se disipan, los metales se funden, las plantas y los animales desaparecen y las estrellas se precipitan desde el fondo de los cielos para asistir a la Separación de los buenos y los malos. El terror humano va más allá de lo que el pensamiento puede concebir.

—Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y cautivo, y no me visitasteis...*

Ese es todo el Juicio, espantosamente infalible, espantosamente inapelable.

Pero he aquí que un hombre se presenta, un ser horrible, negro de blasfemias y de iniquidades.

Es el único que no ha tenido miedo.

Es aquel, aquel mismo, que fué maldecido con las maldiciones del cielo, maldecido con las maldiciones de la tierra, maldecido con las maldiciones del abismo.

Es aquel por quien la maldición descendió hasta el centro del globo, para encender allí la cólera que debía dormir hasta el Día del gran Juicio.

Es aquel que fué maldecido por los clamores del Pobre, más terribles que el rugido de los volcanes.

* Mateo, XXV, 35-36.

Es aquel de quien los cuervos de los torrentes han dicho a los guijarros que ruedan en el fondo de los ríos, que fué maldecido por todos los soplos que pasan sobre los campos en flor...

Fué maldecido por la blanca espuma de las olas que bate la tempestad, por la serenidad del cielo azul, por la Dulzura y el Esplendor, por el humo que se eleva de las chozas a la hora de la comida de los seres humildes...

Y como si todo eso no bastara, fué maldecido, en su infame corazón por AQUEL que tiene *necesidad,* que tiene *eternamente necesidad,* y a quien jamás socorrió.

Acaso se llama Judas, pero los Serafines, que son los más altos Angeles, no podrían pronunciar su *nombre.*

Tiene el aire de marchar en medio de una columna de bronce.

Nada lo salvará. Ni las súplicas de María, ni los brazos en cruz de todos los Mártires, ni las alas desplegadas de los Querubines y de los Espíritus Bianaventurados...

Está, pues, condenado, ¡y con qué condena!

—*¡Apelo!* —exclama.

¡Apelo!... Ante esta palabra inaudita, los astros se extinguen, los montes se hunden en los mares, el Rostro mismo del Juez se oscurece. Sólo la Cruz de Fuego ilumina al universo.

—¿Ante quién apelas tú de mi Justicia? —pregunta Nuestro Señor Jesucristo al réprobo.

—*¡Apelo de tu JUSTICIA* ante tu *GLORIA!*

XXIX

Entre todos los prejuicios y opiniones congénitas aceptados por la generalidad de la gente, ninguno está tan fuertemente remachado en el alma cristiana como el lugar común architrivial que consiste en considerar que la famosa codicia judía y el instinto de mercantilismo universal del pueblo errante son obra de un riguroso decreto que lo castiga así por haber traficado con su Dios.

Incontestablemente, a partir de la venta de Cristo, en que ese instinto se desencadenó, vale decir, a partir del justo punto matemático en que se consumó innoblemente su vocación de depositarios de las profecías, los Judíos quedaron fijados en su infidelidad, del mismo modo que todos

los hombres, según la Teología, quedan irremisiblemente amarrados, cuando la muerte los sorprende, a la circunstancia precisa del pecado del cual están impenitentes.

No otra cosa he dicho toda mi vida, y hasta creo haber entreabierto, para hacer entrar un poco de luz en las tinieblas, la pálida puerta de lo Irrevocable.

Pero cuando el "gusano" de su condenación apareció, hacía ya muchísimo tiempo que los roía en su interior. Porque nadie, ni los peores malvados, tiene el poder de trastrocar su propia naturaleza, pues la esencia de las cosas no se desvirtúa, y no cabe admitir, por contrario a las disposiciones indeclinables de Dios, que los Judíos no hayan sido siempre, *substancialmente* —desde su origen en el seno de Abrahán, que los engendró a todos—, lo que muestran ser hoy.

Nada pueden en ese sentido la inmensidad de ese Nombre, bendito por sobre todos los nombres, ni la imponente santidad del Patriarca. Pero, ¿qué digo? ¿No da precisamente eso, para pavor del pensamiento, cierta medida que permite apreciar la caída en torrente de sus innúmeros hijos, que no cesan de rodar a través de la historia humana, rebotando contra todos los muros resonantes?

En ese tabernáculo sublime que se llama para la eternidad el "Seno de Abrahán" debió existir, desde el primer momento, en estado de indefinible germen, la horrible cizaña de maldición y de asco cultivada exclusivamente y

con tanto celo por la descendencia cadavérica del "Elegido" de Jehová.

En otros términos, aquel que fué llamado el "Amigo de Dios para siempre" y que jamás tuvo "semejante en gloria", debió llevar dentro de sí— bajo las especies de la luz— toda la infamia de la usura y de la cambalachería de las cuales su lejana descendencia, repudiada por el género humano, tendría que subsistir en los tiempos futuros.

Un aplastador ejemplo de ello nos da la admirable negociación de la amnistía de Sodoma, en el capítulo XVII del Génesis.

Séame permitido traer aquí a colación, para liberar del todo mi alma, una paráfrasis algo más que extraordinaria.

El autor, cuyo anónimo he prometido respetar y que es, creo, al mismo tiempo que un pestífero, el último fervoroso de la alta exégesis de los viejos días, se muestra aquí como un exigente especulativo, negándose a salirse un solo instante de este punto de vista: Abrahán es absolutamente, por María, el *Padre* del Hijo de Dios, y es en nombre de la Virgen Madre que le habla a su Señor.

Queda sobreentendido que esta página se ofrece como esos caracteres en relieve que sirven para la educación literaria de los jóvenes ciegos.

Los lectores al tanteo lúcido encontrarán en ella, fuera de duda, una singular prueba del espíritu *hebraico* del Patriarca, que negocia paso a paso —como un Judío de

Argel o de Varsovia regatearía un sucio harapo— la justa impaciencia de su Señor encolerizado.

¡Misericordiosa, adorable judiada de los comienzos, cuando no existía todavía ni el nombre de los Judíos y los cabritillos de los pastores podían triscar gozosos en las colinas llenas de perfumes y de incensarios, no profanados aún por la abominación del Pueblo de Dios!

XXX

LA PRIMERA ESPECULACION JUDIA

—El clamor de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado —dijo el Señor— y su culpa se ha agravado infinitamente*.

Estas palabras fueron dirigidas *confidencialmente* a Abrahán, a continuación de la promesa de un Hijo, en quien todos los pueblos de la tierra serían bendecidos. Promesa que hizo reír a la vieja Sara "detrás de la puerta del tabernáculo", como había hecho reír, algunos días antes, al centenario Abrahán.

La risa es muy rara en las Escrituras. Abrahán y Sara,

* Génesis, XVIII, 20.

esos dos antepasados de la dolorosa María, Madre de las Lágrimas, son los encargados de iniciarla, y esta circunstancia misteriosa es tan importante, que el nombre de la primera rama del roble genealógico de la Redención, en el momento en que este árbol sale de la tierra, es precisamente Isaac, que significa *Risa*.

Es en circunstancias en que vibra todavía en el aire esa risa sorprendente cuando Dios habla a su Patriarca del clamor de las ciudades culpables y comienza la sublime historia de los cincuenta justos.

La belleza infinita de ese pasaje inspira tanto respeto y tan tenebrosa admiración, que parece casi imposible tratar de comentarlo sin incurrir en blasfemia.

Hay que tener presente que era en el comienzo de todo y que el Pueblo elegido, vale decir, la Iglesia militante, acababa de ser convocado.

*
* *

Abrahán, *el imponente Padre de la muchedumbre,* el Hombre único, de quien Noé fué apenas la imagen, y en cuyo Seno las almas vivientes de los justos debían amparar un día su gloria, recibe cierta vez en su tienda a las Tres Personas divinas, que se le aparecieron en el valle de Mamré, a la hora del gran "fervor" del día *.

* Génesis, XVIII, 1 y 2. El texto habla de tres hombres, *tres viri stantes,* y Abrahán les habla constantemente en singular. ¿No debe sacarse en conclusión de esta circunstancia y de las

En su celo por ofrecerles hospitalidad, el Abuelo de María multiplica los signos y las manifestaciones y, después de una serie de actos que hacen pensar en el Sacrificio de la Misa, termina por quedar de pie, cerca de ellos, *DEBAJO DEL ARBOL.*

Es la hora de la renovación de la Promesa. El Señor volverá en el momento anunciado, y Sara, la habitante del tabernáculo, tendrá un Hijo. Moisés, David, Salomón y los diecisiete Profetas de la ley de espera, no tendrán otra cosa que hacer en lo sucesivo que repetir en ecos el anuncio beatífico del nacimiento del *verdadero* Hijo de Abrahán, que será el Salvador de los otros.

Después de semejante don, en el que, por así decirlo, la Ternura infinita se ha agotado, el mismo Señor "no puede" ya ocultar nada a aquel a quien ama, y le hace conocer su terrible propósito de arrasar a Sodoma y Gomorra, cuyo *clamor* ha llegado hasta él.

La especie de metonimia escrituraria empleada aquí para expresar la enormidad inaudita del pecado que Dios va a castigar, deja en el pensamiento una singular impresión. Parecería que el crimen tiene la voz de la inocencia y

---

muestras extraordinarias de respeto que les da, que el patriarca se sabía en presencia de Dios mismo? Muchos Padres lo han creído así. El Concilio de Sirmich anatematizó a aquellos que dijeran que Abrahán no había visto al Hijo, y la Iglesia hace suyo ese dictamen, puesto que canta en su oficio: *Tres* vidi et *Unum adoravit.* San Agustín dice (serm. 70, de tempora*): In eo quod tres vidit, Trinitatis mysterium intellexit. Quod autem quasi unum adoravit, in tribus personis Unum Deum esse cognovit.*

que la abominación de Sodoma *clama* como la sangre de Abel.

—Yo descenderé —dice el temible Interlocutor— y veré si sus obras responden al clamor que ha llegado hasta mí. Quiero saber si es o no es así.

Estas últimas palabras son una incitación inefablemente paternal a la audaz interpretación que vendrá luego. Lo que el Señor quiere ver, sobre todo, es la humildad de su servidor, humildad que brillará más cuanto más apremiantes y, en apariencia, más temerarios sean sus ruegos. He ahí para qué *descenderá*, y es ese prodigio de su Gracia lo que quiere testimoniarse a sí mismo.

Para apreciar la sublimidad de esta escena, no está demás pensar en lo que Jesús expresa tan profundamente cuando habla del "Seno de Abrahán"*. El Patriarca lleva en sí a Jerusalén y suplica con toda la fuerza de la Bendición universal que acaba de recibir, proyectando así esa parábola infinita de proféticos éxtasis, que comienza en él y que, después de recorrer toda la *peregrinación* de Jacob, termina en el esplendor del último versículo del "Magnificat".

Sodoma es la ciudad del Secreto y Gomorra la ciudad de la Rebelión**. Ambas parecen representar dos formas desconocidas del atentado contra el Amor, con agravación especial para la primera, en favor de la cual

* Lucas, XVI, 22 y 23.

** Tal es el sentido hebraico de estos dos nombres.

Abrahán intercede particularmente, como si la salvación de los rebeldes dependiera del perdón que se acordara a los clandestinos y a los idólatras.

No debiendo hablar María más que *seis* veces en el Evangelio, Abrahán, encargado de representar la intercesión de esta Madre de los vivientes, sólo pedirá SEIS veces la absolución de los culpables, y la pedirá, no para que el crimen sea perdonado, sino para que "el justo no sea envuelto en el castigo del impío".

—Si hay *cincuenta* justos en la ciudad, en la verdadera Ciudad que será el Corazón de vuestra Madre, ¿no perdonaréis? *Cincuenta* codos tenía todo el ancho del Arca donde la raza humana fué salvada*. No, no haréis eso; no es posible que exterminéis al justo con el impío y que el inocente sea tratado como el culpable. Eso no sería digno del Juez de toda la tierra. No, no podéis, de ningún modo, condenar así**.

—Si hay en Gomorra cincuenta justos, perdonaré a toda la ciudad por el amor de ellos —responde el Señor.

Abrahán se repliega sobre sí mismo. Bien sabe que no es más que "ceniza y polvo"; pero, puesto que ha comenzado, ¿por qué no ha de seguir hablando a su Señor?

—¿Y si faltaran cinco para ser los cincuenta? —aventura—. ¿Destruiríais toda la ciudad porque no hay en ella sino *cuarenta y cinco* justos?

---

* Génesis, V, 15.
** Génesis, XVIII, 25.

El Señor considera, a su vez, que siendo omnipotente podría destruirlo todo, pero que bastarían *cuarenta y cinco* columnas perfectamente rectas y magníficas para sostener la cúpula del palacio místico de Salomón*, y promete no castigar a la ciudad si hay en ella cuarenta y cinco justos.

Pero Abrahán habla una tercera vez:

—Y si no hay más que *cuarenta,* ¿qué haréis? ¿Qué haréis, Señor? El Diluvio duró *cuarenta* días y otras tantas noches, al cabo de los cuales cerrasteis las fuentes del abismo; vuestro pueblo está predestinado a lamentarse *cuarenta* años en el desierto, antes de llegar a la tierra de promisión; Ezequiel, el vidente de vuestra gloria y bedel de vuestros Evangelistas, anunciará dentro de algunos siglos que asumiréis las iniquidades de Judá durante los *cuarenta* días de vuestro ayuno **. ¿Qué haréis de Sodoma si encontráis en ella tantos justos como veces está contenida vuestra inconcebible Unidad divina en el número simbólico de la Penitencia?

—Por consideración al número cuarenta accederé a no destruirla.

—Perdonadme que insista —prosigue el Patriarca—. ¿Y si no hay más que *treinta* justos, que sucederá, Señor? Recordad que el Arca que llevaba en sus entrañas la Reconciliación *** sólo tenía *treinta* codos de altura ****. Vos

* Reyes, Libro III, cap. VII, 3.
** Ezequiel, IV, 6.
*** Eclesiástico, XLIV, 17.
**** Génesis, VI, 15.

mismo habéis dado esa medida al justo Noé, y ese será precisamente el número miserable de los dineros que servirán un día para pagar vuestro Sacrificio, cuando haya en el mundo una total penuria de holocausto capaces de apaciguaros.

—Si encuentro en Sodoma treinta justos, nada haré —responde el Señor.

Seguir insistiendo sería evidentemente temerario. Un hombre de mucha prudencia y de poca fe, se detendría allí. Sin embargo, Abrahán espera todavía. Piensa, como David, que no es posible que Dios renuncie a su misericordia y ahogue su clemencia en su furor*. Y eso hace que este hombre de todos los *comienzos* se resuelva:

—Puesto que he comenzado, seguiré hablando a mi Señor. Y si no encontráis más que *veinte*, ¿qué pasará? Si no hubieran más que veinte hijos verdaderamente fieles en el corazón de la Madre que debo daros un día, ¿qué haríais? ¿Acaso vuestra santa Morada se desplomaría si sólo *veinte* columnas de bronce con capiteles de plata cincelada** sostuvieran el atrio de vuestro Tabernáculo? Pero eso no es todo, Señor. Bien sabéis que también seréis vendido en la persona de mi bisnieto José, esta vez a los madianitas, vale decir, a gente de justicia ***, y que sólo darán por Vos *veinte* piezas de plata, ¡oh mi Dios!

---

* Salmos, LXXVI, 9-10.
** Exodo, XXVII, 9-10.
*** "Madián" significa *juicio* e implica la idea de *litigio*.

—Si sólo hay veinte justos, por consideración a ese número no castigaré —dice el Señor.

La Escritura llama a Abrahán el "predilecto" de Dios... Le queda una última plegaria en el corazón. Una plegaria tanto más difícil porque es absolutamente igual a todas. Pero es preciso que la diga. Después de todo, ¿no es de él de quien debe salir un día Aquella cuyos senos y entrañas serán llamados bienaventurados? A tal título, puede osarlo todo.

—Perdonadme, Señor, que insista una vez más, una sola vez —dice—. ¿Qué haréis si sólo encontráis *diez* justos en la ciudad? ¿Acaso no debe acontecer un día que *diez* hombres, "diez hombres de todas las lenguas", llegados para buscar el Rostro de Dios, se asirán a la túnica de un *Judío* y le dirán: "Queremos ir contigo, porque Dios está con vosotros"?...* ¿Esos diez hombres no son tan necesarios para vuestros designios como los Diez Mandamientos de la Ley que escribiréis con vuestra mano en el Sinaí formidable?

En el luminoso crepúsculo de su oración de profeta, el Patriarca entrevé, sin duda, a esos diez forasteros del fin de los fines... ¡Ah! Si el Señor los encontrara en Sodoma, la ciudad del misterio, ¿no se vería obligado a perdonar?

Y perdona, en efecto, comprometiéndose a no destruirla si hay allí diez justos.

---

* Zacarías, VIII 23.

Aquí termina el diálogo entre la Omnipotencia vengadora y la Omnipotencia suplicante *. El Señor, vencido *seis* veces, deja de hablar a Abrahán y se marcha, como si temiera ser vencido una *séptima* y no poder luego "reposarse" en su justicia.

* *Omnipotente suplex*. Este nombre magnífico de la Virgen fué revelado por San Bernardo.

XXXI

Tales son los Judíos, los Judíos auténticos, semejantes en todo a aquel Natanael que fuera visto debajo de la emblemática higuera y de quien, no obstante, Jesús dijo: "He aquí un *verdadero* israelita, EN EL CUAL NO HAY ENGAÑO".

Tales plugo a Dios formarlos en su origen y tal, por amor, no temió configurarse EL mismo al hacerse, en cuanto a la carne pasible y mortal, Hijo de Abrahán.

He renunciado hace ya demasiado tiempo a no desagradar, para que me detenga ahora el temor de congestionar a algunos fogosos sacristanes diciendo, como digo, que Nuestro Señor Jesucristo debió cargar también eso,

de la misma manera que cargó con todo el resto, vale decir, con una exactitud infinita.

Sin hablar ya del gran Holocausto, que fué evidentemente la "especulación" más audaz que un israelita haya concebido jamás, poco costaría encontrar en lo *exterior* de las palabras infinitamente amables y sagradas del Hijo de Dios ciertos vínculos de familia con ese eterno espíritu judaico que hace rebullir a la gentilidad.

¿El ecónomo infiel, por ejemplo, no es elogiado precisamente *por su fraude* y la insondable conclusión de Jesús no está, acaso, en el precepto formal "de hacerse amigos con las riquezas de iniquidad"?*

No otra cosa, en suma, que la tradicional recomendación de engañar y despojar "antiguamente notificada a los seis mil hebreos que se marcharon de Egipto cargados de tesoros tomados en préstamos sin intención de devolverlos, con la ayuda de Dios mismo, que los protegió en su huída**.

¡Identidad perpetua en la profundidad de esos Textos santos, cuyo sentido literal escandaliza a tantos malhechores y cuya exégesis jamás será accesible a los imbéciles!

Se tiene la impresión de caer en un abismo cuando se piensa que la palabra *Egipto* —"Mizraïm" en hebreo— significa literalmente *Angustia* o *Tribulación;* que el pri-

* Lucas, XVI, 9.
** Exodo, XII, 35 y 36.

mer *José,* vendido por sus hermanos, tan claramente figurativo del Verbo hecho carne y a quien obedeciera todo ese pueblo salvado por él del hambre, "fué llamado en lengua egipcia *Salvador del mundo;* y que, *por consiguiente,* el mismo Jesús, el "consumador" o concentrador hipostático de las profecías y de los símbolos, venido de su Padre exclusivamente para reinar sobre el Dolor universal, no hizo otra cosa, después de todo, cuando se evadió por el oprobio de su suplicio, que llevar consigo los tesoros de angustia hereditaria y las tribulaciones economizadas que recibiera en préstamo — sin intención de devolverlos jamás— de todos aquellos que habían tenido confianza en él.

Después de la desaparición de ese Fallido adorable de la desesperación, los Judíos, que "sin saber lo que hacían", acababan de crucificar en Su Persona *la conciencia misma de su Progenitura,* siguieron dejándose llevar por el instinto de la Raza, que la Encarnación milagrosa había amalgamado de tan poderosa manera —aunque tan vanamente para ellos— con la Voluntad divina... Y ya no quedó en sus manos otra cosa que ese pobre Dinero sucio que debía reemplazar a su Mesías.

XXXII

Pero ese instinto de mercantilismo y de trapacería, despojado de sus conexiones misteriosas, no fué ya desde entonces sino una áspera pendiente que descendía a los lugares más bajos de la avaricia y la concupiscencia.

La cobarde "suplantación" del pobre coloso Esaú, ante quien Jacob, fuerte sólo contra Dios, jamás dejó de temblar, y el despojo universal de los egipcios, se convirtieron en funciones corrientes, inaptas para prefigurar otra cosa que el castigo definitivo, cuya *forma,* ignorada sin embargo, será tal que aquel que la conozca por confidencia del Espíritu Santo, sabrá, seguramente, el indescifrable secreto del desenlace de la Redención.

Incontenibles en su caída, rodaron hasta el último peldaño en la Escalera de los Gigantes de la ignominia.

No habiendo retenido de su patrimonio soberano otra cosa que el *simulacro* del poder, que es el Oro, este metal infortunado, convertido entre sus garras de aves de presa en una inmundicia, fué obligado a *trabajar* a su servicio en el embrutecimiento del mundo. Y en el temor de que este servidor exclusivo se les escapara, lo encadenaron ferozmente y se encadenaron a él con cadenas monstruosas que dan siete vueltas a sus corazones, empleando así su duro despotismo para convertir a su esclavo en instrumento de su propia esclavitud.

Y el alma de los pueblos se contaminó, a la larga, de su pestilencia.

Puesto que habían esperado más de dos mil años una oportunidad para crucificar al Verbo de Dios, bien podían seguir esperando diecinueve veces cien años más que una colosal explosión de la Desobediencia transformara en cerdos a los adoradores de esa Palabra dolorosa, para que a Israel, que había disipado su *substancia,* le quedara, al menos, la piara del "Hijo Pródigo".

Y así fué, en efecto, y se convirtió en pastor de ella.

Los pueblos cristianos renegados se entregaron a él, contaminados de la lepra blanca de su sucio dinero, y los poderosos mercenarios, descendiendo humildemente de sus viejos tronos, se arrastraron a sus pies, entre deyecciones.

Así quedó cumplida literalmente, en lo absoluto de la

irrisión y del sacrilegio, la profecía del Deuteronomio: "Prestarás a interés a muchos, y tú no necesitarás que nadie te preste; *serás señor de muchísimos pueblos, y nadie tendrá dominio sobre ti*"*.

Ese imperio del dinero, que hace parpadear de indignación al *blanco* vicario de Cristo y que me da la impresión —creo que harto lo he dicho— de un insondable arcano, es aceptado a tal punto por los sublimes desinteresados de la Edad Media, que aquellos que sueñan con la humillación de los Judíos están obligados a pedirla en nombre del propio fango, vencido por la cloaca superior de esos verminosos forasteros.

Sólo los amantes de la Pobreza, los buenos menesterosos de la penitencia voluntaria, si alguno queda, tendrían acaso el derecho de execrarlos por haber oxidado con plata el viejo oro purísimo de los tabernáculos vivientes del Espíritu Santo; por haber amalgamado innoblemente su alma sórdida con el alma generosa de los pueblos sin perfidia, que los Santos habían formado "como las abejas forman los panales de su miel"; por haber, en fin, y sobre todo, con menosprecio de las Normas eternas y por medio de una espantosa dilatación de la Envidia, sugerido entre los pueblos cristianos la substitución de los Mandamientos del Señor con los mandamientos fratricidas del Mal Pobre.

* *Fœnerabis gentibus multis, et ipse a nullo accipies mutuum. Dominarebis nationibus plurimis, et tui nemo dominabitur.* XV, 6.

Porque es innegable que en este siglo en que su poder de envilecimiento resplandece más que nunca, han hecho bajar diabólicamente el nivel del hombre.

A ellos se debe el triunfo de la moderna concepción del *objeto* de la vida y la exaltación del crapuloso entusiasmo por los Negocios.

A ellos se debe que esa álgebra de ignominias que se llama *crédito* haya reemplazado definitivamente al antiguo *honor,* que bastaba a las almas caballerescas para cumplirlo todo.

Y como si ese pueblo extraño, condenado, pase lo que pase, a ser siempre, en cierto sentido, el Pueblo de Dios, no pudiera hacer nada sin dejar traslucir de inmediato algún reflejo de su eterna historia, la *Palabra* viviente y misericordiosa de los cristianos, que bastaba en otros tiempos para las transacciones equitativas, fué nuevamente *sacrificada,* en todos los negocios de injusticia, por la rígida *escritura,* incapaz de perdón.

Victoria infinitamente decisiva, que ha determinado el desastre universal.

Abierto el precipicio, las fuentes puras de la grandeza y del ideal se volcaron en él sollozando. La razón se exfolió como una vértebra enferma de necrosis, y cuando la peste judía llegó al fin al tenebroso valle de los escrofulosos, en el punto confluente donde el tifus masónico se lanzaba a su encuentro, un pujante cretinismo desbordó

sobre los habitantes de la luz, condenados así a la más abyecta de las muertes.

Felizmente, los animales ponzoñosos no suelen soltar todo su veneno del que a veces ellos mismos son víctima, y bien puede ocurrir que Israel se inocule el cretinismo con el cual gratificó al universo.

Y hasta es muy posible que ese mal verdaderamente caduco, del cual el imbécil mandil de las logias es el emblema más expresivo y el síntoma más alarmante, haya sido aceptado por él, en el frenesí del despecho, como un suicidio, como una inmolación necesaria...

He ahí, ¡oh gran Dios!, un piadoso consuelo para las sociedades en delicuescencia, enviscadas y confundidas con su vencedor en las asqueantes colicuaciones de la irremediable decrepitud...

XXXIII

¡Silencio!

Una Voz de Abajo.

Voz de destierro, infinitamente lejana, extenuada, casi muerta, que parece dilatarse al subir de las profundidades:

—La Primera Persona es *la que habla.*

La Segunda persona es *Aquella a quien se habla.*

Esa Tercera Persona soy Yo, Israel, *pravalens Deo,* hijo de Isaac, hijo de Abrahán, generador y bendicidor de los doce Leoncillos instalados en las gradas del Trono de marfil *, para vigilancia del gran Rey y perpetuo recelo de las naciones.

---

* Reyes, I, cap. IX, 18-20. (N. del T.).

Yo soy el Ausente de todas partes, el Extranjero en todos los lugares habitables, el Disipador de la Substancia, y mis tabernáculos están plantados en colinas tan lúgubres, que hasta los reptiles de los sepulcros han hecho leyes para que los senderos de mi desierto sean borrados.

Ningún velo es comparable a mi Velo, y nadie me conoce, porque nadie, excepto el Hijo de María, ha podido adivinar el enigma infinitamente obscuro de mi condenación.

Ya en los tiempos en que yo parecía fuerte y glorioso, en los antiguos tiempos pletóricos de prodigios que precedieron al Gólgota, mis propios hijos no me reconocían y con frecuencia se rehusaban a recibirme, pues mi yugo es áspero y mi carga muy pesada.

Me acostumbré de tal suerte a asumir el Arrepentimiento espantoso de Jahová, "pesaroso de haber creado los hombres y los animales"*, y ya se ve que lo sobrellevo de la misma manera que Jesús cargó con los pecados del mundo.

He ahí por qué tengo en mí el polvo de tantos siglos.

Hablaré, sin embargo, con autoridad de Patriarca inamisible, investido cien veces con la elocución del Todopoderoso.

* * *

* Génesis, VI, 7.

No amo mucho a los hijos de mis hijos Judá y Benjamín, por haber crucificado al Hijo de Dios. Bien se advierte que son la posteridad de aquellos dos antepasados engendrados por mí y a quienes en tiempos remotos comparé con dos animales feroces.

Pero ellos han sufrido su castigo y yo no rehusé ser el esposo y titular de su tremenda reprobación.

Puesto que despojé pérfidamente a mi hermano Esaú, justo era que asumiese hasta mi última descendencia, la complicidad de una perfidia que prepararía la Salvación del género humano, despojándome a mí mismo de la dominación de todos los imperios.

Cierto es que esos hijos miserables ignoraban que cumplían así la *traslación* de las imágenes y las profecías y que con su crimen sin nombre ni medida se inauguraba el Reino sangriento de la Segunda Persona de su Dios, sucesora de la Primera, que los había sacado del doloroso Egipto.

Es preciso que llegue ahora la Tercera Persona, *cuya Estampa llevo en mi Rostro* y cuyo advenimiento hará que se desgarren los velos de todos los templos de los hombres y que todos los rebaños se confundan en la Unidad luminosa.

No sucederán estas cosas, sin embargo, antes de que se haya visto "la abominación de la desolación en el Lugar Santo", vale decir, antes que los cristianos, reprobadores constantes de mi infiel progenitura, hayan Consumado a

su vez, con un encarnizamiento mayor, las atrocidades de que la acusan.

*
* *

Escuchad, ¡oh cristianos!, las palabras de Israel, confidente del Espíritu de Dios:

Aquel que es, no sabe otra cosa que repetirse a sí mismo, y el Señor de los Señores tiene siempre sed de sufrir...

Cuando el Prometido llamado Consolador venga a tomar posesión de su herencia, será preciso necesariamente que Cristo os haya abandonado, puesto que declaró que el Paráclito no podría llegar antes que El se marchara.

Porque un día parecerá abandonarnos, como su Padre y El mismo abandonaron a Jerusalén, y os veréis entregados, tan rigurosamente como los Judíos, "al eterno oprobio y a la ignominia perdurable que jamás será olvidada".*

¿No comprendéis que unos y otros somos desde hoy los invitados a un mismo festín de oprobio y que marchamos juntos bajo el látigo del exactor?

¿No han comprendido vuestros doctores, al cabo de tanto tiempo que os instruyen, que las dos hermanas pecadoras de que habla Ezequiel han sobrevivido a Jerusalén y a Samaria, que siguen viviendo en la perennidad del símbolo y que se llaman hoy la Sinagoga y la Iglesia?

* Jeremías, XXIII, 40.

"Puesto que has andado en el camino de tu hermana —dice el Señor a la más joven—, yo pondré su cáliz en tu mano.

"Beberás el cáliz de tu hermana, ancho y hondo, y serás mofa y escarnio de la gente.

"Te colmará de embriaguez y de amargura ese cáliz de tu hermana mayor, *guardiana* infiel que se ha mancillado con las inmundicias de los pueblos.

"Lo beberás y lo apurarás hasta la hez, y lo destrozarás y desgarrarás tus senos...

"Y seréis entregadas las dos a la turba y al pillaje, *apedreadas* por todos los pueblos y traspasadas por sus espadas"*.

Se apartará, pues, de vosotros a distancia de *un tiro de piedra*** ese Redentor que no tuvo el poder de despertaros, y vuestras almas quedarán desiertas de El, como los tabernáculos de sus altares el día mortificado del Viernes doloroso.

En ese abandono de Aquel que es vuestra fuerza y vuestra esperanza, el universo, humeando de horror, contemplará el irrevelable tormento del Espíritu Santo perseguido por los miembros de Jesucristo.

La Pasión recomenzará, no ya en medio de un pueblo feroz y detestado, sino en la encrucijada y en el ombligo de todos los pueblos, y los sabios comprenderán

* Ezequiel, XXIII, 31-47.
** Lucas, XXII, 41.

que Dios no ha cerrado sus fuentes, sino que el Evangelio de *Sangre,* que ellos creyeron el fin de las revelaciones, era una especie de Antiguo Testamento encargado de anunciar al Consolador de *Fuego.*

* * *

Ese Visitante inaudito, esperado por mí durante cuatro mil años, *no tendrá ningún amigo,* y su miseria hará parecerse a los mendigos y a los emperadores.

Será como el estercolero donde el indigente idumeo raía sus úlceras, y habrá que inclinarse sobre él para ver el fondo del Sufrimiento y de la Abyección.

Cuando El se aproxime, el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, los soberbios ríos retrocederán huyendo como caballos desbocados, los muros de los palacios y los muros de las cárceles sudarán angustia.

Las carroñas putrefactas se cubrirán de perfumes intensos, comprados a navegantes temerarios para preservarse de su pestilencia, y en la esperanza de escapar a su contacto, los envenenadores de los pobres y los asesinos de los niños clamarán a las montañas que caigan sobre ellos.

Después de haber exterminado a la piedad, el asco matará a la cólera, y ese Proscrito de todos los proscritos será condenado silenciosamente por jueces de una irreprochable dulzura.

Jesús no consiguió de los Judíos otra que odio, ¡y qué odio! La generosidad de los Cristianos con el Paráclito irá más allá del odio.

Tan idéntico es ese Enemigo a aquel Lucifer a quien se llamara *Príncipe de las Tinieblas,* que es casi imposible —aun en el éxtasis beatífico— separarlos...

*Que aquel que pueda comprender, comprenda**.

La Madre de Cristo ha sido llamada la Esposa de ese Desconocido, y seguramente por esa razón la Virgen *prudentísima* es invocada con los nombres de *Estrella Matutina* y *Vaso Espiritual.*

Será preciso, sin embargo, a fin de provocar el "desencadenamiento" del Abismo, que esa Iglesia de los Mártires y de los Confesores, prosternada a los pies de María, renueve contra el Espíritu Creador, con pacífica ferocidad, el desenfreno de la Sinagoga.

---

* Estas últimas líneas han tenido el honor de impresionar a un jesuíta, que ha pretendido que eran contrarias al dogma. "¿Es una asimilación metafórica o una afirmación absoluta?" Tal fué su círculo de Popilio**. ¿Cómo explicarle que no se trata ni de una ni de otra cosa? ¿Cómo hacer entrar en su cerebro lleno de fórmulas que la duda desaparece y el círculo se rompe apenas se recuerda, por ejemplo, aquel pasaje de la plegaria litúrgica del Sábado Santo: *Lucifer,* IMQUAM, *qui nescit occasum?* Los pocos cristianos que todavía hacen uso de su razón, pueden advertir que ni aquí ni allá se trata de metáfora, y menos de afirmación rigurosa en el sentido de la Doctrina revelada, sino, simplemente, de constatar el *Misterio,* la *Presencia del Misterio,* pese al escándalo de los imbéciles y de los teólogos pedantes que afirman que todo está aclarado.

** Alusión a Popilio Lœnas, cónsul romano en 173 a. de J. C.

Pero el corazón de los hombres se secará al pensar en ese ardiente solsticio del estío del mundo, en que la Esencia misma del Fuego rugirá en las Siete hogueras del Amor victorioso y en que la sórdida higuera, tanto tiempo estéril, tanto tiempo regada con inmundicias, se verá al fin obligada a dar el único Fruto de delectación y de consuelo capaz de detener la náusea de Dios.

Nada impedirá entonces que descienda el Crucificado, puesto que la Cruz de su oprobio es precisamente la imagen y semejanza infinita del Liberador vagabundo a quien llamó diecinueve siglos. Y seguramente también se comprenderá entonces que yo mismo, de la cabeza a los pies, soy esa Cruz...

Porque la SALVACIÓN *del mundo está clavada sobre* MÍ, ISRAËL, *y es de Mí de donde debe "descender".*

IN EXCELSO

(Ezequiel, xxxvii).

1. — Facta est super me manus Domini; et eduxit me in spiritu Domini, et dimisit me in medio campi, qui erat plenus ossibus.

2. — Et circumduxit me per ea in gyro; erant autem multa valde super faciem campi, siccaque vehementer.

3. — Et dixit ad me: Fili hominis, putasne vivent ossa ista? Et dixis: Domini Deus, tu nosti.

4. — Et dixit ad me: Vaticinare de ossibus istis, et dices eis: Ossa arida, audite verbum Domini.

5. — Haec dicit Dominus Deus ossibus his: Ecce ego intromittan in vos spiritum, et vivetis.

6. — Et dabo super vos nervos, et succrescere faciam super vos carnes, et superextendam in vobis cutem, et dabo vobis spiritum, et vivetis; et scietis quia ego Dominus.

7. — Et prophetavi sicut praeceperat mihi; factus est autem sonitus, prophetante me, et ecce commotio; et accesserunt ossa ad ossa unumquodque ad juncturam suam.

8. — Et vidi, et ecce super ea nervi et carnes ascenderunt, et extenta est in eis cutis desuper, et spiritum non habebant.

9. — Et dixit ad me: Vaticinare ad spiritum; vaticinare, fili hominis, et dices ad spiritum: Haec dicit Dominus Deus: A quatuor ventis veni, spiritus, et insuffla super interfectos istos, et reviviscant.

10. — Et prophetavi sicut praeceperat mihi; et ingressus est in ea spiritus, et vixerunt; steteruntque super pedes suos, exercitus grandis nimis valde.

11. — Et dixit ad me: Fili hominis, ossa haec universa, domus Israel est; ipsi dicunt: Aruerunt ossa nostra, et periit spes nostra, et abscissi sumus.

12. — Propterea vaticinare, et dices ad eos: Haec dices Dominus Deus: Ecce ego aperiam tumulos ves-

TROS, ET EDUCAM VOS DE SEPULCRIS VESTRIS, POPULUS MEUS! ET INDUCAM VOS IN TERRAM ISRAEL.

13. — ET SCIETIS QUIA EGO DOMINUS, CUM APERUERO SEPULCRA VESTRA, ET EDUXERO VOS DE TUMULIS VESTRIS, POPULE MEUS!

14. — ET DEDERO SPIRITUM MEUM IN VOBIS, ET VIXERITIS, ET REQUIESCERE VOS FACIAM SUPER HUMUM VESTRAM; ET SCIETIS QUIA EGO DOMINUS LOCUTUS SUM, ET FECI, AIT DOMINUS DEUS *.

---

* 1. La virtud del Señor se hizo sentir sobre mí, y me sacó fuera en espíritu del Señor; y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos,

2. e hízome dar una vuelta alrededor de ellos: estaban en grandísimo número tendidos sobre la superficie del campo, y secos en extremo.

3. Díjome, pues: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso que estos huesos vuelvan a tener vida? ¡Oh, Señor Dios! respondí yo, tú lo sabes.

4. Entonces me dijo él: Profetiza acerca de estos huesos, y les dirás: Huesos áridos, oíd las palabras del Señor:

5. esto dice el Señor Dios a esos huesos: He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu, y viviréis;

6. y pondré sobre vosotros nervios, y haré que crezcan carnes sobre vosotros, y las cubriré de piel, y os daré espíritu y viviréis: y sabréis que yo soy el Señor.

7. Y profeticé como me lo había mandado: y mientras yo profetizaba oyóse un ruído, y he aquí una conmoción; y uniéronse huesos a huesos, cada uno por su propia conyuntura.

8. Y miré, y observé que iban saliendo sobre ellos nervios y carnes, y que por encima se cubrían de piel; mas no tenían espíritu.

9. Y díjome: Profetiza al espíritu, profetiza, oh hijo de hombre, y dirás al espíritu: Esto dice el Señor Dios: Ven tú,

¡oh espíritu! de las cuatro partes del mundo, y sopla estos muertos, y resuciten.

10. Profeticé, pues, como me lo había mandado; y entró el espíritu en los muertos, y resucitaron; y se puso en pie una muchedumbre grandísima de hombres.

11. Y díjome: Hijo de hombre, todos esos huesos representan la familia de Israel: ellos dicen: Secáronse nuestros huesos y pereció nuestra esperanza, y nosotros somos ya ramas cortadas.

12. Por tanto, profetiza tú, y les dirás: Esto dice el Señor Dios: Mirad, yo abriré vuestras sepulturas, y os sacaré fuera de ellas ¡oh pueblo mío! y os conduciré a la tierra de Israel.

13. Y conoceréis que yo soy el Señor, cuando yo abré abierto vuestras sepulturas ¡oh pueblo mío! y os habré sacado de ellas,

14. y habré infundido en vosotros mi espíritu, y tendréis vida, y os daré el que reposéis en vuestra tierra: y conoceréis que yo el Señor hablé, y lo puse por obra, dice el Señor Dios.

Montevideo

EL mismo año de la Aparición de Ntra. Señora de la Salette, en 1846, abrió los ojos a la luz física el que había de ser, muy pronto y por espacio de más de medio siglo, el prosista más grande de su tiempo. Hijo de un ingeniero francés, laico y aburguesado funcionario, aprendió en el regazo de su madre, devota mujer española, las primeras oraciones en Périgord, una villa del sudoeste de Francia. Pronto las olvidó en el fárrago de su vida de estudiante. Miniaturista hábil se mezcló a la vida artística y bohemia. Y cuando llegó la "Commune", en 1871, su fe estaba esfumada. Un día tropezó con el poeta Barbey d'Aurevilly, ya anciano y no modelo de piedad cristiana, pero que había sido señalado por la Providencia para convertir al impetuoso ensayista. Penetró Bloy en la literatura cristiana y un mundo nuevo se abrió a sus ojos. Dueño de un talento natural, conocedor de todos los estilos, géneros y escuelas, inclinado por temperamento a la censura, su condición casi nata de crítico literario fué aprovechada por los periódicos de todos los matices, que le retribuían malamente sus juicios impagables y terminaban por despedirlo, asustados de la cruda sinceridad con que León Bloy castigaba la estulticia y el error.

En medio de las angustias de esta existencia sórdida, miserable y dolorida, León Bloy escribió volúmenes admirables, y se constituyó en el padrino de todos los intelectuales que sin hallar el camino de Damasco buscaban e intuían a Cristo. León Bloy ha convertido a Maritain, a Termier, a Feval, a Van der Meer.

Odiado por los partidarios del "justo medio" que se escandalizaron de su exposición de la verdad; despreciado por los diletantes de la literatura que no pudieron comprender su talento singular; temido por los cristianos tibios que no concebían un profeta en el siglo XIX; respetado por los intelectuales que aquilataron su erudición y su garra; admirado por los espíritus superiores que descubrieron en el poeta iracundo al artista profético; y amado entrañablemente por sus discípulos y amigos, por los que merced a su palabra y a su ejemplo de asceta renacían a la fe, León Bloy murió en 1917 en la pobreza en que había vivido siempre.